8110

El Padron Municipal

10

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 42—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 124 á 126)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

EL PADRÓN MUNICIPAL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PADRON MUNICIPAL

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Y

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el 3 de Marzo de 1887

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1889

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SOCORRO	SRA. VALVERDE.
FRASQUITA (1)	SRTA. RODRÍGUEZ.
PETRA	PARDO.
DON PATRICIO	SR. ZAMACOIS.
MANUEL	RUBIO.
DON ANICETO (2)	TAMAYO.
GIL	ROMEA D'ELPÁS
AGUADOR	TOJEDO.
CAMARERO	MARTÍN.
PERIQUITO	NIÑA DOMÍNGUEZ.
JUANITO	NIÑO PÉREZ.
DIEGUITO	NIÑA YUSTE.

La acción en Madrid.—Epoca actual

(1) Este personaje hablará con acento andaluz.

(2) Ligero acento cubano.

ACTO PRIMERO

Comedor modestísimo.—Dos puertas al foro y laterales.—Mesa redonda con tapete, segundo término izquierda (del actor). Sillería de paja, y cómoda en el foro.—Cuadros con estampas viejas.—Sobre la cómoda una bandeja con tres vasos y un botijo.—Tintero y pluma.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SOCORRO en la puerta derecha del foro, como hablando con alguien.—PETRA cosiendo un botón de un chaleco, sentada en segundo término derecha

D.ª Soc. Bueno, hombre, bueno.—Vuelva usted mañana por él y estará despachado.—¿Una multa? ¿Y por qué?—¡Como si no tuviera una otra cosa que hacer más que llenar padrones!—¡Ea! Basta de conversación. Vuelva usted mañana si quiere, y si no lo deja. (Bajando al proscenio.) ¡El demonio del hombre! ¡No he visto cosa más pesada! Por supuesto, que quièn tiene la culpa es el Ayuntamiento. ¿Qué le importará saber si aquí vive mucha ó poca gente? ¡Si al menos tuvieran los padrones una casilla para poner los huéspedes que no pagan!

PETRA ¡Vamos, mamá, no te incomodes!

D.ª Soc. Es que la irritan á una con estas cosas. Pero, en fin, lo llenaremos; no quiero cuestiones con los municipales. Ya tengo bastan-

674338

tes con ellos por si cuelgo la ropa en el balcón, ó por si riego los tiestos, ó por si tiro á la calle los desperdicios... y eso que aquí se desperdicia bien poco.—Pero, señor, ¿dónde demonios habré yo puesto ese dichoso padrón? (Buscando sobre la cómoda.)

PETRA — Me parece que estaba ayer sobre la mesa de la cocina.

D.ª SOC. — ¡Adiós! ¿A que era ese el papel con que encendí la lumbre esta mañana?—Voy á ver... (Vase foro izquierda.)

ESCENA II

PETRA y enseguida GIL, en mangas de camisa y con un chaquet colgado de los hombros

PETRA — Ya están bien firmes todos los botones. Y los bolsillos no tienen nada que coser. ¡Como el pobrecillo los usa tan poco! ¡Claro! Un escribiente de procurador... ¡Lástima de muchacho! ¡Si estuviera en otra posición! Pero me temo que va para largo... ¡Aquí debajo late por mí su corazoncito!. ¡Cuánto le quiero!

GIL — ¡Petrita! (Puerta segunda izquierda.)

PETRA — ¡Eh! (Asustada.)

GIL — ¿Anda por ahí tu madre?

PETRA — No; está allá adentro.

GIL — ¿Sí? Pues, entonces... (Le coge la mano y se la besa.)

PETRA — ¡Mira que me incomodo! ¡Te vas volviendo muy atrevido!

GIL — Es que como nos vemos solos tan pocas veces, no tiene uno más remedio que aprovechar el tiempo.

PETRA — Yo no debo permitirte esas libertades.

GIL — Eso está muy bien. Tú no debes permitírmelas, pero yo debo tomármelas.

PETRA — Es que los hombres sois muy malos. Le decís á una que la queréis, y luego ni la queréis ni nada.

GIL — ¿Que yo no te quiero á tí? ¿Serás capaz de

dudarlo, después de las pruebas que te estoy dando sin cesar?

PETRA ¿Pruebas?

GIL Pues ya lo creo. Sólo por tí continúo de huesped en esta casa, sufriendo los desprecios de tu madre y el trato que me da, que no puede ser más horrible.

PETRA Pero ¿qué trato quieres que te dé por cinco reales diarios? (Le da el chaleco y toma el chaquet.)

GIL Un trato... cariñoso siquiera. Me parece que el cariño no cuesta dinero. Yo transijo con estos almuerzos y estas comidas, que ya es transigir; pero me parece que á un huesped tan seguro como yo, se le deben guardar ciertas consideraciones.—Mira, á un compañero mío de las Salesas, por lo mismo que pago yo aquí, le dan en la calle del Salitre: desayuno, almuerzo, comida, ropa limpia... y además le llaman el señorito del gabinete.—Ya ves que esto siempre halaga el amor propio.

PETRA Pero, hombre, debes fijarte en que aquí te tratamos como de la familia...

GIL Entonces no sé por qué me cobran los cinco reales.

ESCENA III

DICHOS y DOÑA SOCORRO

D.ª SOC. (Con el padrón.) ¡Gracias á Dios! Aquí está el padrón, mujer; ya ha parecido.—¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué hace usted aquí en mangas de camisa?

GIL No tema usted, doña Socorro, no tengo frío.

D.ª SOC. ¿Y á mí qué me importa que tenga usted frío ó no? Lo que no me parece conveniente es que esté usted delante de la niña de una manera tan indecorosa.

GIL Es que he venido á suplicar á Petrita que me asegure un botón del chaquet.

D.ª SOC. Y antes los del chaleco. Ya se me va aca-

bando la paciencia con este pretextito de los botones.

GIL Pero si se caen, alguien ha de pegarlos.

D.ª SOC. Lo que yo voy á pegarle á usted es otra cosa, como no se largue pronto de aquí.

GIL Pero, señora...

D.ª SOC. ¡Ea! ¡Ea! Tome usted su ropa. (Tirándole el chaquet.) Y váyase á su cuarto, y que yo no le vuelva á ver hablando con mi hija ó sale usted de casa por donde los desperdicios.

GIL Está bien, señora, usted dispense. (Y luego dice Petrita que su madre me trata como de la familia.) (Vase puerta segunda derecha.)

ESCENA IV

DOÑA SOCORRO y PETRA

D.ª SOC. Mira, si no fuera por la falta que nos hacen esos cinco reales diarios, y porque no habría otro huesped que se conformase con habitar ese cuarto que parece una huronera, ya había yo despedido veinte veces al tal Gilito.

PETRA Pero, mamá...

D.ª SOC. ¿Qué te propones con hacer caso de ese monuelo? ¿Qué porvenir te puede ofrecer ese chupatintas?

PETRA Pero, mamá...

D.ª SOC. Eres tonta de capirote. Ya que, por desgracia, tu madre no puede proporcionarte todo lo que necesitas, y tienes que ayudar á la casa cosiendo para fuera, al menos cuando te cases que sea con un hombre desahogado y al lado del cual no necesites coser para fuera ni para dentro.—Y basta de conversación, que no quiero tener un disgusto — ¿Sabes si se ha levantado ya don Manolito?

PETRA Sí, señora; hace poco que me pidió el agua para afeitarse.

D.ª SOC. Voy á ver si me hace el favor... (Acercándose á la puerta primera izquierda y dando golpecitos.) ¡Don Manolito! ¡Don Manolito! ¿Se puede?

ESCENA V

DICHAS y MANUEL

MAN. Buenos días, doña Socorro. ¿Qué hay? ¿Qué se le ofrece á usted?

D.ª SOC. Quería pedirle á usted un favor...

MAN. ¿Cuánto? (Llevándose la mano al bolsillo.)

D.ª SOC. No, hoy no es cuestión de dinero.

MAN. Lo celebro mucho. Usted dirá entonces lo que desea.

D.ª SOC. Que me haga usted el obsequio de llenarme este padrón, porque como usted tiene buena letra...

MAN. Traiga usted, traiga usted ese padrón... de ignominia.

D.ª SOC. Aquí hay tintero. (Se lo da.) ¿Dónde andará la pluma? En esta casa nunca sabe uno dónde están las cosas. ¡Ah! ¡Aquí está! Tómela usted.

MAN. (Sentándose.) Pues vamos allá. (Disponiéndose á escribir, sentado á la mesa, dando frente á la primera puerta izquierda.) Pondré á usted la primera, como cabeza de familia.

D.ª SOC. ¿De familia? Si no tengo más que mi hija.

MAN. No importa. Es usted la inquilina. La que paga el cuarto.

D.ª SOC. ¿La que lo paga? Eso... Pero, en fin, póngalo usted como si lo pagara, porque al Ayuntamiento no le importan estas cosas.

MAN. (Escribiendo.) Socorro García y García, viuda de ídem.

D.ª SOC. ¿Cómo de ídem? Si mi esposo se llamaba García.

MAN. Pues, señora, por eso he puesto viuda de ídem. ¿Edad?

D.ª SOC. Cincuenta y dos años.

MAN. Cincuenta y dos.—¿Pueblo de su naturaleza?

D.ª SOC. Fuentesauco, provincia de Zamora.

MAN. (Asombrado.) Pero, ¿es usted de Fuentesauco y nos da todos los días esos garbanzos?

D.ª SOC. ¡Vaya! ¡Vaya! Déjese usted de bromas.

MAN. Profesión. -¿Qué ponemos? No quiero ofender la dignidad de usted.

D.ª SOC. Pues, cabeza de familia, ¿no lo dijo usted antes?

MAN. Señora, eso no es una profesión.

D.ª SOC. Pues ponga usted lo que le dé la gana.

MAN. Pupilera.—Las cosas claras; así, por su nombre.—Tiempo de residencia en Madrid.

D.ª SOC. Desde una fecha muy señalada.—La noche de San Daniel.

MAN. ¡Ah! ¡Se comprende! Aquella noche todas fueron desdichas para los estudiantes.

D.ª SOC. Don Manolito, no sea usted atroz.

MAN. Usted sí que es atroz, doña Socorro.—Contribución.—¿Usted no pagará ninguna?

D.ª SOC. No, señor; yo no pago nada.

MAN. «Si sabe leer.»—Sí.—«Si sabe escribir.»—Sí.—Con unas letras tan gordas como los garbanzos de su pueblo.—Ahora usted, Petrita.—«Petra García, etc.»—Parentesco que tiene con el cabeza de familia.—«Hija.»—¿Edad?

PETRA Diecisiete años por San Juan, y natural de Madrid.

MAN. «Diecisiete.»—«Madrid.»—Profesión, oficio ú ocupación.

D.ª SOC. ¿Ocupación? Recoser los botones de Gilito; no hace otra cosa en todo el día.

MAN. Está bien.—«Costurera... amorosa.»

PETRA Sé leer y escribir.

MAN. «Sí.—Sí.»—¡Ea! Ya está.—Ahora, ¿á quién ponemos?

D.ª SOC. Póngase usted.

MAN. ¡No! Las señoras primero.—Llame usted á la sevillana.

D.ª SOC. (Puerta primera derecha.) ¡Doña Frasquita!

FRASQ. (Dentro.) ¿Qué hay, doña Socorro?

D.ª SOC. Haga usted el favor de salir.

FRASQ. (Dentro.) Ay, hija mía, ahora no puedo. Estoy empezando á vestirme.

MAN. (Volviendo la cabeza.) No importa. Salga usted.

FRASQ. (Dentro.) ¡Ay! ¿Está ahí ese pícaro?

MAN. Sí, señora. Esperando á usted para empadronarla.

FRASQ. (Dentro.) ¿Para qué?

MAN. Para inscribirla en el Padrón municipal.

FRASQ. (Dentro.) Para eso me llamará usted á mí, so pillo!

MAN. Y para todo lo que usted quiera, ya lo sabe usted.

FRASQ. (Dentro.) Lo que tiene usted es mucho pico.

MAN. Y usted retemuchísima gracia.

FRASQ. Cállese usted, que me estoy ruborizando.

MAN. ¿De veras? Voy á verlo por el agujero de la cerradura. (Se levanta y se va hacia la primera puerta derecha.)

D.ª SOC. (Deteniéndole.) ¡Don Manolito! ¡Que está la niña delante!

MAN. ¡No! Está detrás, pero tiene usted razón.—Respetemos el candor de los diecisiete años que cumplirá por la verbena. (Se sienta á la mesa.) Me inscribiré yo y dejaré un renglón en blanco para doña Frasquita.—Y á propósito de esa señora. (En voz baja.) ¿Qué opina usted de esos pleitos que le han hecho venir á Madrid?

D.ª SOC. Pues, yo, don Manolito, si le he de decir á usted la verdad, creo que todo ello es una farsa; ni más ni menos.

MAN. ¡Estas andaluzas son muy largas!

D.ª SOC. Y si además de andaluzas son viudas, larguísimas.

MAN. ¿Pero ella paga?

D.ª SOC Con algún retraso; pero, en fin, en los tres meses que lleva aqui, no se ha portado del todo mal. Tiene sus alhajitas, ¿sabe usted? y unas veces las empeña y otras las saca, y así va trampeando.

MAN. ¡Ea! Ya estoy inscrito. Ahora otro huesped.

D.ª SOC. Anda, niña, dile á don Patricio que venga al momento.

PETRA Voy mamá. (Vase Petra por el foro izquierda.)

D.ª SOC. Está en la cocina.

MAN. ¿Y qué hace en la cocina ese pobre señor?

D.ª SOC. Pues ayudando á la limpieza. Como hoy es sábado...

MAN. Pero, señora, ¿se atreve usted á dedicar á un huesped á un oficio tan bajo?

D.ª Soc. ¿Cómo bajo? Si le dejé quitando las telarañas del techo.

Man. ¡Pobre don Patricio!

ESCENA VII

DICHOS y DON PATRICIO, que trae en la mano un palo largo con unos zorros en el extremo.

D. Pat. ¡Presente! ¿Qué le ocurre?

Man. Venga usted acá, que voy á colocarle...

D. Pat. ¿A colocarme á mí? ¿Dónde? ¿Con cuánto?

Man. A colocarle en el Padrón municipal.

D. Pat. ¡Ah! ¡Ya lo extrañaba yo!—Hace mucho tiempo que he perdido las esperanzas de lograr una colocación.

Man. Tenga usted calma, hombre, tenga usted calma, ya vendrán tiempos mejores.

D. Pat. No, si yo no me quejo.—Tomo las cosas conforme vienen, y vamos viviendo; sin embargo, hay cosas (Por los zorros.) que no debiera tomar nunca un hombre de mi dignidad; por ejemplo estos zorros.

D.ª Soc. Páguéme usted lo que me debe y no le encargaré cierta clase de servicios.

D. Pat. (Dejando los zorros en el rincón de la izquierda.) No, si yo de usted no tengo queja ninguna. Si estoy muy agradecido, porque al fin y al cabo usted me proporciona habitación y comida. No toda la que yo necesito, porque, desgraciadamente, tengo un estómago que no me lo merezco. Créame usted, don Manolito, un estómago como el mío sería el *summum* de la felicidad para un millonario... ¡Lo que podría devorar con una máquina de esta potencia digestiva!—Y á propósito, doña Socorro; no eche usted de menos medio panecillo que estaba sobre la mesa de la cocina. Con el ejercicio se me abrieron las ganas y me lo comí.

D.ª Soc. Pero, hombre; si era un pan de quince días que yo tenía reservado para rallar.

D. PAT. ¿De quince días? A mí me pareció de la última hornada.

MAN. ¡Dios le conserve á usted ese apetito!

D. PAT. ¡No, que no me lo conserve! Que me lo amortigüe. (Doña Socorro se ocupa en limpiar los muebles y en doblar piezas de ropa blanca.)

MAN. ¡Ea! Vaya usted diciendo.—Nombre y apellidos.

D. PAT. Patricio Urrutia Navarrete, servidor de usted y de todos los de la casa.

MAN. Muchas gracias.

D. PAT. ¡Fíjese usted! ¡Fíjese usted en mis iniciales!

MAN. P. U. N. (Leyendo.)

D. PAT. ¡Pun!

D.ª SOC. ¿Eh?

D. PAT. Desengáñese usted. Un hombre cuyas iniciales son un disparo, tiene que acabar de mala manera.

MAN. ¿Cuántos años tiene usted?

D. PAT. ¡Muchos! ¡Es de lo único que tengo mucho! Cincuenta y seis.

MAN. «Cincuenta y seis.»—«Naturaleza.» (Leyendo.)

D. PAT. ¡Robusta! Cuando no me he muerto aún, es que tengo una naturaleza privilegiada.

MAN. Le pregunto á usted el pueblo donde ha nacido.

D. PAT. Villachorizos.—¡Vea usted que sarcasmo!—Provincia de Badajoz.

MAN. «Profesión.» Cesante, ¿eh?

D. PAT. ¡No, señor; ni aun eso! ¡No he tenido empleo en mi vida!

MAN. Entonces...

D. PAT. Ponga usted aspirante á empleado.

MAN. ¿Aspirante? Pero...

D. PAT. ¡Déjeme usted por lo menos tener aspiraciones!

MAN. Bueno, hombre, bueno. (Campanillazo.)

D.ª SOC. Don Patricio, que llaman.

D. PAT. Voy, señora, voy.—Con permiso de usted. (Vase corriendo por el foro derecha, tarareando.)

MAN. No he visto un hombre más desgraciado ni más felíz que este don Patricio. Si yo tuviera influencia, le buscaría un destino cualquiera.

D.ª Soc. ¡Ay! Y yo se lo agradecería á usted mucho; así tal vez me pagara las cuarenta y siete mensualidades que me debe.

D. Pat. (Entrando.) Don Manolito, un telegrama para usted.

Man. ¡Caracoles! ¿Un telegrama?

D. Pat. Firme usted el recibo, que están aguardando. (Firma Manolito, le da el recibo, y sale don Patricio tarareando y vuelve enseguida.)

Man. (Después de leer el telegrama y levantándose.) (¡María Santísima! ¡Lo que menos esperaba yo! ¿Y de cuándo es esto? ¡De ayer! (Leyendo.) «Retrasado por el temporal.» ¡No es mal chubasco el que me cae encima!)

D.ª Soc. ¿Qué es eso, don Manolito? ¿Alguna desgracia? (Acercándose á él.)

Man. ¡Déjeme usted, señora!

D.ª Soc. Pero, ¿qué es ello?

Man. ¡Déjeme usted en paz! (¿Qué haré yo, Dios mío? ¿Qué haré yo?) (Vase puerta primera izquierda.)

ESCENA VIII

DOÑA SOCORRO, sola, en seguida DON PATRICIO

D.ª Soc. ¡Cosa más particular! Esto debe ser algún lío que tiene don Manolito en provincias. ¿Pero á mí qué me importa? (Entra don Patricio.) ¡Allá se las haya! Ande usted, siga usted apuntándose, que don Manolito se ha ido á su cuarto. (Vase puerta foro izquierda.)

D. Pat. Está bien, señora, está bien. (Se sienta á escribir á la mesa, de espaldas á la primera puerta izquierda, á cuyo lado debe quedar el padrón cuando lo retira don Manolito para firmar el recibo del telegrama.) «Contribución que paga.» ¿Qué he de pagar yo? ¡Qué más quisiera! «Sabe leer.» Sí. «Sabe escribir.» Sí. Con una letra preciosa, aunque me esté mal el decirlo. ¡Y que un hombre que rasguea de este modo no encuentre quien utilice sus servicios!

ESCENA IX

DON PATRICIO y FRASQUITA

FRASQ. ¡Hola! Felices días, don Patricio.

D. PAT. Téngalos usted muy buenos, doña Frasquita. Mucho madruga usted hoy.

FRASQ. ¿Que madrugo? ¡Ya lo creo! Como que hace más de dos horas que estoy en pié.

D. PAT. ¡Caramba! Pues anoche se retiró usted muy tarde. La sentí á usted llegar.

FRASQ. ¿Dice usted que era tarde? Pero, hijo, por Dios, si serían escasamente las tres de la mañana.

D. PAT. (¡Digo!) (Levantándose.)

FRASQ. Estuve con unas amiguitas en el café de Madrid. Unos caballeros, parientes suyos, se empeñaron en convidarnos á cenar... poquita cosa, unos riñones sarteaos, unas pescadillas y unos langostinitos.

D. PAT. (¡Langostinitos!) Señora, hablemos de otra cosa.

FRASQ. Sí; tiene usted razón. Hablemos de otra cosa. ¿Vió usted anoche al procurador Bermúdez?

D. PAT. Sí, señora; y le dejé la carta.

FRASQ. ¿Y ha estao usted esta mañana en casa del escribano?

D. PAT. Sí, señora; y le entregué la esquela.

FRASQ. Está bién. ¡Ay, hijo mío! ¡Este pleito me tiene mareada! Ninguno de los otros siete que he tenido me ha dao que hacer ni la mitad que éste. El dinero que me va costando no puede usted figurarse. Pero como lo gane con costas, le regalo á usted un gabán de pieles que va á dar el opio.

D. PAT. ¿Un gabán? No, señora, lo que yo necesito es abrigo interior, muy interior.

FRASQ. Bueno; le compraré á usted también un traje de punto.

D. PAT. Me contento con que me convide usted á la fonda. Ese es el abrigo que yo necesito. ¡Alimento nutritivo y reconstituyente!

FRASQ. ¿Sí? Pues le prometo á usted una indigestión.

D. PAT. Ya necesita usted gastarse dinero.

FRASQ. Pero, ¿por dónde anda don Manolito?

D. PAT. En su cuarto estará.

FRASQ. Me llamó antes con mucha urgencia para empadronarme.

D. PAT. Señora, para eso estoy yo á la disposición de usted. Aquí está el impreso con una línea en blanco, destinada indudablemente para usted. Vaya diciendo, y yo apuntaré con mucho gusto. (Se sienta á escribir.)

FRASQ. Pues vaya usted llenando. Yo soy una mujer de ley y me gusta cumplir toas estas formalidades... (Dictando.) Frasquita... es decir, (Riendo.) no ponga usted Frasquita; la costumbre de que la llamen á una así... Francisca...

D. PAT. Doña Francisca...

FRASQ. Ruiz Andujar.

D. PAT. Andujar.

FRASQ. Viuda de Veras.

D. PAT. Señora, yo no lo he dudado nunca.

FRASQ. Si es que mi difunto se llamaba Veras.

D. PAT. ¡Ah! ¡Ya! ¿Cuantos años tiene usted?

FRASQ. ¡Hijo mío, qué pregunta tan indiscreta!

D. PAT. No soy yo, señora; es el Ayuntamiento el que interroga... ¿Cuántos pongo?

FRASQ. ¿Cuántos me echa usted? (Apoyándose de codos en la mesa.)

D. PAT. ¡Yo!... ¡Ninguno!

FRASQ. Pues treinta y dos, y le juro á usted por la salud de mi marido, que esté en gloria, que no me he quitao ni dos meses.

D. PAT. Lo creo.—¿Natural de Sevilla, eh?

FRASQ. Sí. Bautizada en la parroquia de San Bernardo.

D. PAT. «Tiempo de residencia en Madrid.»

FRASQ. Tres meses...

D. PAT. Tres meses. (Escribiendo.) «Sí.» «Sí.»

FRASQ. ¿Qué es eso de sí, sí?

D. PAT. Que sabe usted leer y escribir.

FRASQ. ¡Ah! Creí que era otra cosa.

D. PAT. Ya está. (Levantándose.)

FRASQ. Muchísimas gracias, don Patricio... Es usted

el hombre más servicial, y más amable, y más simpático...

D. PAT. ¡Ay, señora, si yo tuviera veinte años menos!

FRASQ. ¿Qué haría usted, hijo?

D. PAT. Esa sí que es una pregunta indiscreta, doña Frasquita.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA SOCORRO; con una pila de platos

D.ª SOC. Don Patricio, ¿está ya ese padrón?

D. PAT. Sí, señora; no falta más que Gilito.

D.ª SOC. Pues lléveselo usted á su cuarto, y que se apunte.

D. PAT. Voy en seguida. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XI

DOÑA SOCORRO y FRASQUITA.—Luego MANOLITO y DON PATRICIO

FRASQ. ¿Qué hay, doña Socorro?

D.ª SOC. Pues, nada, hija; ¿qué ha de haber? Disgustos y trabajos. Lleva una la vida más aperreada y más... ¿Ve usted á mi niña, que parece que no rompe un plato? Pues acaba de hacer añicos uno sopero y dos de postres.

FRASQ. Calle usted, tontina, que como se me arreglen las cosas á mi gusto, le regalo á usted unos platos preciosos, con filetes doraos, que he visto el otro día en un escaparate.

D.ª SOC. ¿Con filetes doraos? Muchas gracias; pero mis huéspedes los prefieren con filetes de carne.

FRASQ. (A Manolito, que sale en traje de viaje, con una maleta, manta y lío de paraguas y bastones.) Vecino, hijo mío, ¿á dónde va usted con los trastos de viajar?

D.ª SOC. (Admirada.) Pues es verdad. ¿A dónde va usted, don Manolito?

D. PAT. (Presentándose.) Don Manolito, ¿á dónde va usted?

MAN. ¿Que á dónde voy? ¡Lo ignoro! (1)

D.ª SOC. ¿Eh?

FRASQ. ¿Cómo?

D. PAT. ¿Qué?

MAN. No me lo pregunten ustedes. Yo no puedo continuar en Madrid. Yo no puedo, sobre todo, seguir en esta casa.

D.ª SOC. Pues, ¿qué le hemos hecho á usted?

MAN. Ustedes nada. Pero lo que á mí me sucede es horrible... ¡Verdaderamente horrible!

FRASQ. ¡Ay, hijo mío, por Dios! Que de oirle á usted se me pone la carne de gallina.

D. PAT. (Le pegaría un bocado á esta señora.)

D.ª SOC. Pero explíquese usted.

MAN. Tiene usted razón. Yo no debo marcharme sin explicar á ustedes lo que me pasa.

D.ª SOC. Traiga usted. (Tomándole la maleta.)

FRASQ. Venga acá. (Idem el lío de paraguas.)

D.ª PAT. Deme usted. (Idem la manta.)

MAN. Oigan ustedes (2).

D.ª SOC. Ya oímos.

MAN. Yo vivía en Madrid solo como un hongo y sin oficio ni beneficio. Un día, cuando menos lo esperaba—hace de esto siete años—ví realizarse el sueño dorado de todo aquel que no tiene dinero.

FRASQ. ¿Le cayó á usted la lotería?

MAN. No, señora. Me encontré con que tenía un tío en Indias, un primo de mi madre, inmensamente rico, establecido cn la Habana. ¿Qué hago yo entonces? Le escribo...

FRASQ. Muy bien hecho.

MAN. Pintándole mi triste situación y pidiéndole dinero.

D. PAT. ¡Es natural! Eso hubiera hecho yo.

MAN. Su contestación fué inmediata y satisfactoria. Una letra de cuatro mil reales.

D. PAT. ¡Una letra mayúscula!

MAN. Continuó escribiéndome cariñosamente y

---

(1) Don Patricio.—Frasquita.—Doña Socorro.—Manuel.

(Los personajes están colocados con relación á la mirada del espectador.)

(2) Don Patricio.—Frasquita.—Manuel—Doña Socorro.

me señaló una pensión de cincuenta duros mensuales para seguir una carrera. Yo elegí la de leyes.

FRASQ. ¿Pero ahora salimos con que es usted abogado? ¿Y por qué no se ha encargado usted de mi pleito?

MAN. Para mi tío soy abogado, nada más que para mi tío.

D.ª SOC. ¡Ah! Comprendido... Siga usted.

MAN. Como yo me dedicaba á divertirme cuanto podía, los mil reales mensuales llegaron á parecerme poco, y entonces... ¡me casé!

FRASQ. ¡Cómo!

D.ª SOC. ¿Pero está usted casao?

MAN. Para mi tío... nada más que para mi tío... De este matrimonio fuí teniendo hijos según iba necesitando más dinero, pues mi tío me socorría generoso en todas las necesidades que yo le pintaba, y en el día de la fecha me tienen ustedes siendo padre de cinco chiquitines.

D.ª SOC. ¡Qué barbaridad!

FRASQ. ¡No se ha descuidado usted!

D. PAT. Pero en todo esto no veo yo motivo para que usted se disguste.

D.ª SOC. Ni yo tampoco.

FRASQ. No le interrumpan ustedes. A ver en qué acaba todo esto.

MAN. Pues en lo siguiente: yo para mi tío soy abogado; tengo cinco hijos, y vivo con mi mujer, mis suegros y mis cuñados. Sostengo por lo tanto una numerosa familia; es decir, la sostiene él.

FRASQ. Hijo mío, resulta usted un infundioso de primera.

MAN. Hace dos meses me dió un susto tremendo la carta que voy á leer á ustedes. (Sacando varias del bolsillo.) ¿Es esta? ¡Sí! (Lee.) «Mi querido sobrino: asuntos de importancia reclaman mi presencia en Paris, y deseando darte un abrazo, haré el viaje por España y pasaré á tu lado tres ó cuatro días. Supongo que esta noticia te llenará de satisfacción.» ¡Figúrense ustedes!

D.ª Soc. Nos lo figuramos.

Man. «Cariñosos recuerdos á María»—mi mujer—«y á la demás familia, y con muchos besos á los chiquitines y particularmente á mi ahijado,»—le hice padrino del primero,—«y para tí un fuerte abrazo de tu tío,—Aniceto Colorado.»

Frasq. ¿Y esa carta es de hace dos meses?

Man. Sí señora. Dos meses que he pasado lleno de sobresaltos y angustias. Cada vez que se anunciaba la llegada de un correo de Cuba yo temblaba, y leía con ansiedad en *La Correspondencia* la lista de los pasajeros. Sólo respiraba tranquilo al ver que no venía ningún *Colorado.*

D. Pat. Es natural. De Cuba vienen todos de muy mal color.

Man. Cuando yo, en vista del tiempo transcurrido, confiaba ya en que mi tío habría desistido de su viaje, recibo hace un momento este funesto telegrama: (Lo saca y lo lee.) «Llegué Cádiz. Salgo para esa. Espérame estación.—Aniceto.»

D.ª Soc. ¿De modo que está á punto de llegar?

Man. Probablemente estará ya en Madrid.

D.ª Pat. ¡Caracoles!

Man. Es natural, vendrá en seguida á esta casa, que supone la mía. Yo no puedo esperarle. ¿Qué le digo yo? ¿Dónde está mi familia? ¿Dónde están mis hijos? ¡Nada! ¡Nada! ¡Yo emigro! Si viene y pregunta por mí, díganle ustedes que no me conocen, ó que me he muerto, ó lo que quieran. (Cogiendo los bultos del equipaje que habrán dejado sobre la mesa.)

D.ª Soc. Pero, hombre...

D. Pat. Don Manolito...

Frasq. ¡Hijo, no sea usted tan arrebatado!

D.ª Soc. ¡El huésped que mejor me pagaba!

Man. Yo siento dejarles á ustedes, pero comprendan que no puedo hacer otra cosa... ¡Adiós, doña Socorro!

D.ª Soc. ¡Deténgase usted un momento! ¡Tengo una idea para salvarle!

Man. ¿Eh?

FRASQ. ¿Cómo?
D. PAT. ¿Cuál?
D.ª SOC. Traiga usted. (Haciendo el mismo juego anterior con toda la rapidez posible.)
FRASQ. Venga acá.
D. PAT. Deme usted.
D.ª SOC. A ver que les parece á ustedes mi proyecto (1). Su tío de usted no va á pasar en Madrid más que tres ó cuatro días, ¿no es eso?
MAN. Así parece.
D.ª SOC. ¿Y usted necesita una familia para justificarse?
MAN. ¡Naturalmente!
D.ª SOC. Pues aquí la tiene usted.
MAN. ¿Dónde?
D.ª SOC. ¡En esta misma casa!
MAN. ¡Eh!
FRASQ. ¡No está mal pensao!
D. PAT. Dice muy bien doña Socorro.
MAN. (Abrazándola.) Comprendo todo lo que usted pretende, y estoy conforme.
D.ª SOC. (Con cierta solemnidad.) Doña Frasquita, ¿quiere usted figurar como esposa de este caballero por unos días?
FRASQ. Hija mía, la proposición es un poquillo fuerte.
MAN. ¡Sí! Acceda usted, Frasquita. ¡Dios se lo pagará á usted!
FRASQ. Pero, hijo...
D. PAT. Usted como viuda, ya sabe lo que son estas cosas.
D.ª SOC. ¡Nada! ¡Resuelto! Ya tiene usted mujer.
FRASQ. ¡Bueno! Ya he contraído segundas *nuncias*.
D.ª SOC. ¡Yo soy la suegra!—No se quejarán ustedes. Me quedo en el papel menos simpático de toda la familia.
MAN. ¡Gracias, mamá!
D.ª SOC. Usted don Patricio...
D. PAT. De mí hagan ustedes lo que quieran. Padre, hijo ó Espíritu Santo.
D.ª SOC. Usted será mi esposo.
D. PAT. Corriente. (Hasta en esto soy desgraciado.)

---

(1) Don Patricio.—Frasquito.—Doña Socorro.—Manuel.

MAN. ¿Y Petra? ¿Y Gilito?

D.ª SOC. ¿No cree el tío que vive usted con sus cuñados? ¡Pues ahí los tiene usted!

FRASQ. ¿De manera que los dos pollos son hermanos míos? ¡Ay, qué gracia!

MAN. ¡Perfectamente! ¡Ya tengo familia!

D.ª SOC. ¿Lo vé usted, cómo todo se arregla en el mundo?

D. PAT. ¡Naturalmente que se arregla todo!

FRASQ. ¿Pues no se había de arreglar? (Mucha alegría.)

MAN. (Transición.) Pero, ¿y mis niños, señores? ¿Y los chiquitines?

D.ª SOC. ¡Pues es verdad! ¡No me había yo acordado! Esto sí que ya es más dificultoso.

FRASQ. ¡Sí que lo es!

D.ª SOC. Cinco chicos no se improvisan tan facilmente.

D. PAT. No se apuren ustedes. Yo los buscaré. Me dá usted una nota de la edad que deben tener y yo procuraré encontrarlos.

MAN. Pero es que urge... Mi tío puede llegar de un momento á otro. Es preciso prevenir á Petra y á Gilito.

FRASQ. Aquí está Gilito. (Sale GILITO.)

D.ª SOC. (En voz baja.) Don Patricio, entere usted á la niña de lo que pasa. Está en la cocina.

D. PAT. Voy al momento, ¡esposa mía!

ESCENA XII

DICHOS y GILITO, menos DON PATRICIO

D.ª SOC. Oiga usted, don Gilito. Venga usted acá. Tenemos que hablar.

GIL (Acercándose á ella con timidez.) Diga usted, señora.

D.ª SOC. ¿Tiene usted inconveniente en ser hijo mío?

GIL ¿Cómo? ¿Es posible? Al fin consiente usted en hacerme dichoso? (Yendo á abrazarla.)

D.ª SOC. Don Gilito, no sea usted *gilí*. No se trata de eso.

GIL ¿Pues de qué se trata?

FRASQ. Yo soy la esposa de este caballero. (Asombro de Gilito.)

D.ª SOC. ¡Y yo la madre de esta señora!

MAN. ¡Y usted hermano de Petra!

D.ª SOC. ¡Y don Patricio mi esposo!

GIL Pero ¿se han vuelto ustedes locos, ó qué es esto?

D.ª SOC. Bástele á usted saber que es hijo mío, que ya se irá enterando de todo lo demás.

MAN. Consienta usted en ser mi cuñado, que no ha de pesarle. Yo se lo aseguro.

GIL (¡Su cuñado!) (Pues, señor, cada vez lo entiendo menos!)

ESCENA XIII

DICHOS, DON PATRICIO Y PETRA

D. PAT. Ya tienen ustedes á la chica enterada de todo.

PETRA ¡Completamente!

GIL (Ahora me enteraré yo.) (Va al lado de Petra y hablan en voz baja.) (Campanillazo.)

D.ª SOC. Don Patricio, que llaman.

D. PAT. Voy, señora.

MAN. ¡No! Pudiera ser mi tío. (Asustado.)

D.ª SOC. Es verdad.

MAN. Son las once y el tren ha debido llegar á las nueve y media.—Yo abriré.

D.ª SOC. Espere usted un momento.—Que nos encuentre como en familia.—Tú, Petra, á coser. Usted, Gilito, quítese el sombrero (Se lo quita ella.) y cepíllese la ropa. (Gilito se quita el chaquet y lo cepilla)—Usted (Á don Patricio.) á escribir, y usted (Á Frasquita.) ayúdeme á doblar este mantel. (Manuel lleva rápidamente á su cuarto los líos de viaje que estarán sobre la mesa.)

MAN. ¿Puedo abrir ya? (Campanillazo fuerte.)

D.ª SOC. Sí, vaya usted. (Vase Manolito foro derecha.)

D. PAT. Debe ser el tío.- La gente de dinero llama siempre muy fuerte.

AGUAD. (Dentro.) Buenus días.

TODOS ¡Eh! (Con extrañeza.)

ESCENA XIV

DICHOS, el AGUADOR, con la cuba al hombro, que entra puerta foro derecha y vase foro izquierda.—MANOLITO

AGUAD. Santus y buenus días tengan ustedes (Todos dejan sus quehaceres.)

D. PAT. Felices.

D.ª SOC. ¡Valiente tío!

D. PAT. No es el que esperábamos, pero de *Cuba* sí es.

GIL (Vamos, Petrita, acaba de explicarme todo esto, porque yo no entiendo ni una palabra. (Siguen hablando en voz baja.)

MAN. Don Patricio, por Dios, no me descuide usted eso de los chicos, que es lo más importante (1).

D. PAT. Esté usted tranquilo. Yo los encontraré.

MAN. Recuerde usted que son cinco.

D. PAT. Muchos me parecen.

MAN. El mayor de seis años, y el último de siete ú ocho meses.

FRASQ. ¡Calle! ¿Con que también tenemos una criatura de pecho? (Riendo.)

D. PAT. Va á ser difícil encontrar tantos; pero, en fin, yo procuraré...

MAN. Le doy á usted cinco duros por cada chico.

D. PAT. ¡Cinco duros! ¡Le traigo á usted la Inclusa!

GIL (¿Con que así resulta que somos hermanitos? ¡Ay, qué gusto! (Abrazando á Petra.)

D.ª SOC. ¡Eh! ¿Qué es eso?

GIL Señora, entre hermanos no tiene nada de particular.

AGUAD. (Pasando.) Hasta mañana, si Dios quiere.

D.ª SOC. Vaya usted con Dios.

D. PAT. (¡Oh, qué idea!)—¡Aguador! ¡Oiga usted!

AGUAD. Mándeme usted.

D. PAT. (Este acaso tenga)... (Á Manolito.)—Venga usted acá. Vamos á ver.

---

(1) Petra.—Gil.—Doña Socorro.—Frasquita.—Manuel.—Don Patricio.

AGUAD. ¿Qué se le ofrece? (1)
D. PAT. ¿Es usted casado?
AGUAD. Sí, señor.
D. PAT. ¿Tiene usted hijos?
AGUAD. Vaya una pregunta. ¡Pues ya lo creo! Tengu seis.
D. PAT. ¡Magnífico! ¡Nos sobra uno!
AGUAD. ¿Eh?
D. PAT. (Ya tenemos chicos.)— Tome usted asiento, tome usted asiento. (Ofreciéndole silla.)
AGUAD. (¿Qué será esto?) Con permisu de ustedes. (Sentándose sobre la cuba en el medio del escenario.— Todos le rodean.)
D. PAT. Vaya un cigarrito... — Don Manuel, un cigarro.
MAN. ¡Tome usted! (Le da el cigarro.)
AGUAD. Muchas gracias.
D. PAT. ¿Con que dice usted que tiene seis hijos?
AGUAD. Sí, señor, y prontu tendré siete.
D. PAT. ¡No! No hace falta.
AGUAD. ¿Cómo?
D.ª SOC. ¡Nos basta con cinco!
AGUAD. ¿Eh?
MAN. ¿Qué edad tiene el mayor?
AGUAD. ¡Va pa ochu años!
MAN. ¡No puede ser!
AGUAD. ¿Con que non puede ser? ¡Si lo sabré yo!
D. PAT. ¿Y el segundo? ¿Qué edad tiene el segundo?
AGUAD. ¡Va pa seis años!
D. PAT. ¡Magnífico!
AGUAD. Manificu, sí, señor; con unus carrillotes como manzanas.
FRASQ. ¿Y tiene usted alguna criatura de pecho?
AGUAD. Sí, señora, una que está mamando.
FRASQ. Es natural.
D.ª SOC. ¿Qué tiempo tiene ese?
AGUAD. Pues... no lo sé fijamente. Porque como va pa dos años que falto de la tierra...
D. PAT. Pero... ¿no tiene usted á sus hijos en Madrid?

---

(1) Gil.—Frasquita.—Don Patricio.—Aguador.—Petra.—Doña Socorro.—Manuel.

AGUAD. Non señor. Están con su madre en Cangues de Tineu.

D. PAT. ¡Hombre! (Empujándole.) ¡Vaya usted á *paseu!*

AGUAD. ¿Y yo qué culpa tengu? (Echando la cuba al hombro.)

MAN. ¡Vaya usted, vaya usted con Dios!

AGUAD. Es que...

D.ª SOC. ¡Basta de conversación!

AGUAD. Non parece si non que non pueda unu tener á sus hijos donde más le convenga... Tanta pregunta, y tanta... (Vase foro derecha.)

ESCENA XV

DICHOS, menos el AGUADOR

FRASQ. Esposo mío, (A Manolito.) de repente nos hemos quedao sin familia.

D. PAT. No tengan ustedes cuidado, que chiquillos no nos han de faltar. Tal vez sin salir de la casa... (Reflexionando.) Arriba en la guardilla hay uno que llora toda la noche; en la portería del 25 también he visto muchachos; la frutera de la esquina también los tiene...

FRASQ. Si los tiene todo el mundo menos nosotros...

D.ª SOC. Pues, ande usted.

D. PAT. No se apure usted.

MAN. Yo sólo confío en usted.

FRASQ. (Soltando la carcajada.) ¡Ay, qué gracia!

MAN. Pero, señora, ¿de qué se rie usted?

FRASQ. ¿De qué me he de reir, hombre? De que siendo todos una familia nos estamos tratando de usted con el mayor respeto.

D. PAT. Pues es verdad.

D.ª SOC. Tiene usted razón... Digo, tienes razón; porque *tú* eres mi hija.

FRASQ. Pues claro.

D.ª SOC. Y debemos practicarlo para que su tío de usted, digo, tu tío, no nos coja en un renuncio.

MAN. Dices bien, mamá, tuteémonos.

D. PAT. Eso es, tú por tú, con toda confianza. Socorro.

D.ª Soc. ¿Qué quieres, Patricio?

D. Pat. Dame treinta y cinco céntimos para una cajetilla.

D.ª Soc. Déjeme usted en paz, y á buscar los chicos.

D. Pat. Voy inmediatamente á la guardilla. ¡Adiós, hijos míos!

Man. ¡Adiós, papá! (Vase don Patricio foro derecha.)

Frasq. ¡Ay, mi papá! (Riéndose.)

ESCENA XVI

DICHOS, menos DON PATRICIO

D.ª Soc. (Á Petra y Gilito.) Niños, muchísimo cuidado. No se os vaya á olvidar que debéis trataros de tú.

Gil. Ya hace tiempo que nos tuteamos, ¿verdad, Petrita?

D.ª Soc. ¿Con que sí?

Gil. Yo soy muy listo y presentía lo que iba á suceder (1).

D.ª Soc. Yo le compondré á usted cuando acabe nuestro parentesco.

Man. (Conteniéndola.) No hay que incomodarsé; hoy es día de satisfacción y de regocijo. Lo que tanto me preocupaba acaso vaya á ser un bien para todos. Mi tío es un solterón muy rico, y si logramos convencerle de que es verdad todo, ya verán ustedes cómo nos dá cuanto necesitemos. Es preciso pintarle nuestra situación con los más negros colores...

Gil. Me parece que con que vea mi traje y el de mi papá...

Man. (Campanillazo.) Ese debe ser él. (Alarmado.)

D.ª Soc. Pues, á nuestras faenas. (Disponiéndose á formar el cuadro anterior.)

Man. No, mejor es que se retiren ustedes á sus habitaciones. Yo les iré llamando. ¡Mucho cuidado, por Dios! No se entreguen ustedes

(1) Petra.—Gil.—Frasquita.—Manuel.—Doña Socorro.

á transportes de cariño que resultarían exagerados... Voy á abrir. (Vase foro derecha.)

GIL. Yo contigo, Petrita. (Petra vase foro izquierda.)

D.ª SOC. Usted á su cuarto, mequetrefe. (Empujándole.—Vase Gil segunda derecha.)

FRASQ. ¡Que una mujer tan formalísima como yo se vea metida en estos líos! (Vase primera derecha.)

D.ª SOC. ¡En cuanto se descuide el tío de mi yerno le doy un sablazo que lo divido!

(Se oyen las voces de don Aniceto y Manuel. — Queda en escena doña Socorro.)

D. AN. (Dentro.) ¿Don Manuel Jiménez?

MAN. Servidor de usted. (Dentro.)

D. AN. ¡Sobrino! (Dentro.)

D.ª SOC. ¡Aquí está el tío! (Vase foro izquierda.)

MAN. ¡Tío de mi alma! ¡Adelante!

D. AN. ¡Cuánto deseaba que llegase este momento! (En el foro.)

ESCENA XVII

Doña SOCORRO, Don ANICETO y MANUEL. Luego FRASQUITA PETRA y GIL, según se vaya indicando

MAN. ¡Pase usted, pase usted!...

D. AN. ¿Cómo no has bajado á esperarme á la estación? (Deja el bastón y el sombrero sobre la cómoda.)

MAN. Acabo de recibir su telegrama. Ha venido muy retrasado por el temporal; vea usted...

D. AN. Pues yo me fuí á la fonda, y temiendo que ocurriera algo he venido inmediatamente á buscarte... ¿Sabes, niño, que aunque no me hubieses enviado tu retrato te hubiera reconocido inmediatamente? Tienes la misma cara de tu madre... la nariz, no; la nariz es Jiménez; pero lo que es los ojos, los ojos son Colorados, es decir, de mi rama.—Pero, ¿dónde está tu familia? Deseo conocerla.

MAN. Al momento. (¡Dios los tenga de su mano!) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Petra! (Foro izquierda.) ¡Gil! ¡María!... ¡Esposa! (Puerta primera derecha.) ¡Es-

posa! (Salen á un tiempo dona Socorro, Petra, Frasquita y Gil.) Mi mamá política (1).

D.ª Soc. Caballero...

Man. Mi tío Aniceto.

D. An. Tengo mucho gusto...

Man. Mi cuñada.

D. An. Servidor.

Man. Mi cuñado.

D. An. Muy señor mío.

Man. ¡Mi mujer!

D. An. ¡Sobrina mía! ¡Venga un abrazo!

Frasq. ¡Tio de mi corasón!

D. An. ¡Sabes que tienes una mujer muy linda!

Frasq. ¡Ay, tío, muchísimas grasias!

D. An. Pero, oye, oye, ¿no me habías escrito que esta era catalana?

Man. ¡Ah! Sí, sí; pero se ha criado en Andalucía.

D.ª Soc. Sí, señor. La hemos criado en Andalucía; pero á mí no se me ha pegado el acento.

D. An. ¿Y los chicos, por dónde andan?

Man.. ¡María! ¿Dónde están los chicos?

D.ª Soc. En el colegio.

D. An. ¡Pero, hombre, todos! ¿Y el chiquitín?

Man. ¿Dónde tienes el chiquitín? (A Frasquita.)

Frasq. De paseo. Como está con la dentisión, se pone tan impertinente el pobresiyo... Pero, siéntese usted. (Todos le ofrecen silla.)

D. An. Nada más un momento. He dejado mis bártulos en la fonda de cualquier manera... Luego volveré más despacio.

Man. Yo bien quisiera ofrecer á usted hospedaje en esta casa; pero, francamente, somos tanta familia y se le pueden proporcionar tan pocas comodidades...

D. An. Ya veo que por desgracia no exagerabas al decirme que vuestra posición era apuradilla. (Reparando en los muebles.)

D.ª Soc. ¡Ay! No lo sabe usted muy bien.

D. An. Vamos, no hay que lamentarse. Felizmente aquí estoy yo para todo.

Man. Qué agradecido le estoy á usted.

---

(1) Gil.—Manuel.—Frasquita.—Don Aniceto.—Doña Socorro.—Petra.

D.ª Soc. Todos, todos le estamos muy agradecidos.
Petra Mucho.
Gil Muchísimo.
Frasq. Un tío así es la providencia de una familia.

ESCENA XVIII

DICHOS, DON PATRICIO, que entra saltando y con regocijo

D. Pat. ¡Ya tenemos chicos! ¡Ya tenemos chicos!
Man. ¿Eh?
D. An. ¿Cómo?
Frasq. ¿Qué?
D.ª Soc. ¡Mi esposo! (¡Torpe!) (Aparte á don Patricio.)
Man. ¡Mi tío!
D. Pat. ¡Ah! Señor Don... Don... (Abrazándole.) Don.. (¿Cómo se llama este hombre?)
Man. Aniceto. (Diciéndoselo por detrás del tío y en voz bajísima.)
D. Pat. ¡Don Aniceto! ¡Qué satisfacción tengo al abrazarle!
D. An. Muchas gracias... (¡Qué cariñoso... y qué derrotado anda este pobre señor!) (Se sienta en el centro de la escena.) (1)
D.ª Soc. ¿Con que has dejado los niños en el colegio, eh?
D. Pat. Sí, allí se quedan; pero vendrán luego, *vendrán*. (Haciendo señas de inteligencia á los otros personajes, que le interrogan con la mirada.) ¿Y qué tal el viaje, señor don Aniceto? (¡Caracoles, qué cadena!)
D. An. ¡Muy feliz! ¡Una travesía deliciosa!
Man. ¿Y piensa usted permanecer mucho tiempo en Madrid?
D. An. Sólo dos ó tres días.
Man. ¡Cuánto me alegro!
D. An. ¿Cómo?
Man. ¡Cuánto me alegro de ver á usted entre nosotros, aunque sólo sea por tan poco tiempo!
D. Pat. Pero, ¿no se os ha ocurrido ofrecerle nada

(1) Gil.—Frasquita.—Manuel.—Don Aniceto.—Don Patricio.—Doña Socorro.—Petra.

á este señor? Mujer, saca unos bizcochos y un poco de vino. Tomaremos un piscolabis. ¡Anda! ¡Anda!

D. AN. No, no, muchas gracias, me quitarían la gana de almorzar; pero, hoy comeremos todos juntos. (Levantándose.)

D. PAT. ¡Excelente idea! ¡Comeremos!

D. AN. Aquí, en familia, con los niños; ya lo deseaba con toda mi alma.

MAN. Pero, tío, aquí...

D. AN. ¡No te apures, hombre; con dinero todo se arregla! ¡qué demonio! Señora, (A doña Socorro.) usted no se ofenderá si yo me permito ofrecerle...

D.ª SOC. No, señor, ¿qué he de ofenderme por eso?

D. PAT. No la conoce usted, y sobre todo entre parientes.

D. AN. Tome usted, y encárguese de la comida. (Dándole un billete del Banco, del que va á apoderarse don Patricio, á quien doña Socorro da un golpe en la mano.)

D.ª SOC. Celebraremos dignamente su llegada.

D. AN. Tú, vente (Á Manuel.) á almorzar conmigo.— Conque, señores, he tenido tanto gusto... Hasta luego. (Manuel le da el sombrero.)

FRASQ. Adiós, tío.

D. AN. Abur, sobrina. ¡Es lindísima! ¡Lindísima!

PETRA Vaya usted con Dios.

GIL Usted lo pase bien.

D. PAT. Servidor de usted. ¡Muy bien venido!

D. AN. ¡Adiós! (Dándole la mano.) Hasta luego.

D. PAT. (¡Caracoles, qué solitario!) (Vanse don Aniceto y Manolito. Todos le acompañan hasta el foro.)

FRASQ. (Desde la puerta del foro.) Manolito, que no tardes mucho. (Pequeña pausa.)

ESCENA XIX

DICHOS, menos DON ANICETO y MANUEL

D.ª SOC. (Viniendo con los demás rápidamente hasta el proscenio.) ¡Quinientas pesetas!

GIL ¡Dos mil reales!

D. PAT. ¡Y todo para una comida!

D.ª Soc. ¡Este hombre va á ser un filón!
Frasq. ¡Ha entrao la felicidad en esta casa!
Gil ¡Vivan los millonarios!
Frasq. ¡Viva la alegría!
D.ª Soc. ¡Vivan los tíos que vienen de la Habana!
D. Pat. (Cantando y bailando.) A la Habana me voy.
Todos y D. Pat..... (Siguiendo la canción.) ¡Te lo vengo á decir!
Frasq. ¡Venga de ahí!
Gil ¡Olé, por mi papá! (Mucha alegría.)

ESCENA FINAL

DICHOS, DON ANICETO y MANUEL

D. An. (En el foro.) ¡Así me gusta!
Todos ¡Eh! (Sorprendidos.)
Man. Se ha dejado el bastón. ¡El bastón! (Movimiento de todos los personajes para buscarlo.—Don Patricio, distraído, coge los zorros.)
Gil Aquí está... Tome usted...
D. An. ¡Muchas gracias!—¡Sobrino mío! ¡Puedes estar satisfecho! ¡Una familia tan alegre es el colmo de la felicidad! (1)
D. Pat. ¡Viva el tío Aniceto! (Levantando los zorros á guisa de bandera.)
Todos ¡¡Viva!!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

(1) Petra.—Gil.—Frasquita.—Don Aniceto.—Manuel.—Don Patricio,—Doña Socorro.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior, sin la mesa. En el centro de la escena habrá una gran canasta con todo lo necesario para el servicio de una mesa.

ESCENA PRIMERA

GIL y PETRA, en cuclillas á los lados de la canasta. CAMARERO

PETRA — Tome usted los cubiertos. (Dándoselos al Camarero.)

CAM. — ¿Y el cacillo?

PETRA — Aquí está.

CAM. — Muchas gracias. (Vase el Camarero puerta segunda de la izquierda.)

GIL — ¡Caramba! ¡Qué aceitunas tan gordas! Toma una, Petrita.

PETRA — No puedo. (Tiene ocupadas las manos con piezas de la vajilla.)

GIL — Aquí estoy yo para dártela con el alma y con el corazón y con la vida. (Se la da.)

PETRA — Sí, si una fuera á fiarse de tus palabras.

GIL — Ya sabes que te quiero de veras. (Coge el cubierto ó tijera, ó como se llame, con que se sirve la ensalada.) ¡Remonona! ¡Qué carita más sonrosada y más alegre y más fresca!... Me están dando ganas de... (La coge la cara entre la cuchara y el tenedor.)

ESCENA II

DICHOS y DOÑA SOCORRO, puerta foro izquierda.

D.ª Soc. ¡Pero, hombre! ¿Se ha figurado usted que la cara de mi hija es una lechuga?

Gil ¡Señora!... (Levantándose.)

D.ª Soc. Más le valiera á usted ayudar al Camarero á poner la mesa.

Gil Lo haría con mucho gusto, pero debo advertir á usted que estoy faltando á mi obligación desde esta mañana; que con estos líos y estos belenes, que á mí nada me importan, ésta es la hora en que no he ido todavía á las Salesas, y puedo quedarme sin ocupación; y ya ve usted, si me quitan lo poquito que tengo...

D.ª Soc. Pues vaya usted con Dios, que maldita la falta que me hace. (Sacando de la canasta copas y vasos, que colocará sobre la cómoda.)

Gil Entonces, con su permiso... (Poniéndose el sombrero.)

Petra ¿Volverás á la hora de la comida, eh? (Aparte á Gil.)

Gil ¡Ya lo creo! ¡Cuando me veré yo en otra! (Vase foro derecha.)

ESCENA III

DOÑA SOCORRO, PETRA y CAMARERO, y luégo DON PATRICIO.

D.ª Soc. Petra, pásales una servilleta á estas copas, y cuidadito, porque tienes unas manos muy desgraciadas.

Cam. ¿Las aceitunas y el salchichón?

D.ª Soc. Aquí están... (Le da al Camarero las dos conchas de entreplatos.) ¡Ah! Diga usted Camarero: ¿De qué precio son estos cubiertos?

Cam. Señora, del precio que los han encargado: de á dos duros. (Vase puerta segunda izquierda.)

D.ª Soc. Ya sabía yo que don Patricio había de aprovecharse de la ocasión. Ese, por tragar...

PETRA Pero, mamá, reflexiona que la comida es para obsequiar á un señor que estará acostumbrado á grandes banquetes.

D.ª SOC. Con cubiertos de á tres pesetas hubiéramos tenido bastante. Pero, en fin, diez cubiertos á cuarenta reales son... cuatrocientos... ¡Qué escándalo! No me quedan más que ochenta duros...

D. PAT. (Que entra con dos sillas altas para comer, de las que usan los niños.) ¡Aquí estoy yo con esto! ¡Si no fuera por mí, lucidos estábamos! No se les ocurre á ustedes nada. Me he proporcionado estas dos sillas para los chiquitines.

D.ª SOC. Sí. ¡Ya veo que usted se fija en todo! Pero, ¿y los chicos?...

D. PAT. Luégo iré por ellos.—Los están aviando.—Por lo visto, al fin comeremos en la sala, ¿eh? (Asomándose puerta segunda izquierda.)

D.ª SOC. Me parece más decente que este comedor.

D. PAT. Sí, es algo menos indecente.

D.ª SOC. Niña, vamos á limpiar este servicio allá dentro. (Vanse Petra y doña Socorro con los vasos y copas.)

ESCENA IV

DON PATRICIO y CAMARERO

D. PAT. ¡Qué día! ¡Cuánto jaleo! ¡Cuánta actividad! Pero al fin y al cabo hoy me desquitaré de todos mis ayunos.—Oiga usted, mozo.

CAM. Mándeme usted. (1)

D. PAT. ¿Está ya todo aquí?

CAM. Están el servicio, los entremeses y los postres.—La comida se traerá á la hora para que no se pase.

D. PAT. Bueno, bueno, ¿y qué es lo que nos van ustedes á dar?

CAM. Pues, sopa de cola de buey.

D. PAT. ¡Buen principio!

CAM. Solomillo con trufas.

---

(1) Camarero.—Don Patricio.

D. PAT. ¡Magnífico!
CAM. Salmón en salsa tártara.
D. PAT. ¡Soberbio!
CAM. Coliflor á la milanesa.
D. PAT. ¡Excelente!
CAM. Capón asado.
D. PAT. ¡De primer orden!
CAM. Pavo en galantina.
D. PAT. ¡Admirable!
CAM. Postres variados.
D. PAT. ¡Bravo! (Pausa.) ¿Y después?
CAM. Después, licores y café.
D. PAT. ¿Café con media tostada, ¿eh?
CAM. No se acostumbra, pero...
D. PAT. ¡Que no se acostumbra! No importa. ¡Como si se acostumbrara! ¡Pues no faltaba más! (Coge las sillas de niño y vase con ellas puerta segunda izquierda.)
CAM. Está bien, como usted guste.—¡Valiente gazuza tiene este caballero!—Juraría que las había traído... (Buscando en la canasta.)

ESCENA V

CAMARERO y DOÑA SOCORRO

D.ª SOC. ¿Qué es eso? ¿Busca usted las copas?
CAM. Sí, señora.
D.ª SOC. Las he llevado á la cocina para limpiarlas.
CAM. Pues voy por ellas y llevaré esto. (Se lleva la canasta puerta foro izquierda)

ESCENA VI

DOÑA SOCORRO y luégo FRASQUITA

D.ª SOC. ¡Dios nos saque con bien de este laberinto en que nos hemos metido! Felizmente me parece que el tío tiene poco de lo de Salomón. (1)
FRASQ. ¡Ay, hija, vengo sofocá! ¡Jesús! Las vueltas que yo he dado esta tarde. (Sentándose y qui-

(1) Frasquita.—Doña Socorro.

tándose la mantilla.) Primero al juzgado, luégo á la escribanía, después á ver al procurador, luégo al juzgado otra vez, y gracias á que las noticias que me han dado son excelentes. Hoy será el señalamiento para la vista, y han quedao en darme una apuntación completa de los señores que componen la Sala, para buscar recomendaciones. De manera, que ya me tiene usted desde mañana hecha un zarandillo de casa en casa, viendo á éste y al otro y al de más allá; y bien sabe Dios que lo siento; porque, hija mía, estos señores de justicia son toos tan serios y tan estiraos que parece que los han hecho de gutapercha.

D.ª Soc. Me alegro de que sus asuntos vayan bien, pero haga usted el favor de no andar estos días entrando y saliendo, porque si no se va á escamar el tío.

Frasq. No tenga usted cuidado, que por mí no se descubrirá nada. (Levantándose)

ESCENA VII

DICHOS y DON PATRICIO, con la boca llena.

Frasq. ¡Ah! Don Patricio (1). Me ha dicho Bermúdez que se pase usted mañana por la escribanía y que le dará una copia del apuntamiento que necesita el abogao. ¿Irá usté, eh?

D. Pat. (Tragando.) Sí, señora, no se me olvidará. (Vase puerta segunda izquierda.)

Frasq. Oiga usted, doña Socorro. Supongo que el tío no habrá vuelto desde esta mañana.

D.ª Soc. No, señora, ni creo que vendrá hasta la hora de la comida. Por cierto que va á ser opípara. El Camarero está ahí preparándolo todo. Dos duros me cuesta cada cubierto.

Frasq. (¿Pues no dice que le cuesta?)

---

(1) Doña Socorro.—Frasquita.—Don Patricio.

ESCENA VIII

DICHOS y MANOLITO.—Luego DON PATRICIO

MAN. ¡Hola, buenas tardes!... (Se quita el gabán, que dejará sobre una silla del foro.)

D.ª SOC. ¿Y el tío, viene ahí?

MAN. No, le he dejado en la fonda escribiendo unas cartas.—¿Dónde está don Patricio?

D.ª SOC. Por ahí dentro.

MAN. ¡Don Patricio! ¡Don Patricio!

D. PAT. (Tragando.) ¿Qué... qué hay?

MAN. La portera me ha dicho que baje usted, que ya está eso.

D. PAT. ¿Eso? Son los chicos. Voy por ellos inmediatamente. (Vase foro derecha.)

ESCENA IX

DICHOS, menos DON PATRICIO, y luego CAMARERO, que pasa.

MAN. (1) Doña Socorro, Frasquita, mucho cuidado por Dios. La cosa marcha admirablemente, y es preciso la mayor previsión para que no la echemos á perder. (Pasa el Camarero del foro izquierda á la segunda izquierda con las copas.) Mi tío no ha sospechado nada, y está encantado de todos ustedes. Dice que usted es una señora muy respetable y muy simpática, que no parece usted suegra.

D.ª SOC. Claro, como que no lo soy.

FRASQ. ¿Y de mí? ¿Qué dice?

MAN. Me ha repetido que es usted guapísima.

FRASQ. ¿Sí, eh? (Tendría gracia que acabara yo por conquistar al tío.)

CAM. (Con una concha de entreplatos vacía) Diga usted, señora.

D.ª SOC. ¿Qué ocurre?

CAM. ¿Tienen ustedes gato en la casa?

D.ª SOC. ¿Por qué lo pregunta usted?

---

(1) Frasquita.—Manuel.—Doña Socorro.

CAM. Porque falta todo el salchichón que estaba en la mesa.

D.ª SOC. ¡Ah! ¡Sí! Tenemos un gato que se llama *Patricio.*

CAM. Pues enciérrenlo ustedes, porque si no...

D.ª SOC. Ahora no hay peligro. Acabamos de echarlo á la calle.

CAM. Yo, con permiso de ustedes, me retiro. Volveré luego con otro compañero para traer la comida.

D.ª SOC. Vaya usted con Dios, y que venga todo en su punto.

CAM. Descuide usted, señora. (Vase foro derecha.)

MAN. (Desde la puerta segunda izquierda.) ¡Magnífica mesa!

FRASQ. A ver, á ver (1).

MAN. Uno, dos, cuatro, ocho, diez... Diga usted, doña Socorro, ¿no habíamos quedado en que comerían con nosotros mis cuatro hijos mayores? (2)

D.ª SOC. No es posible. Don Patricio no ha logrado encontrar más que tres y el pequeñito de la guardilla.

FRASQ. ¿Y cómo explicaremos la ausencia del otro?

D.ª SOC. Ya lo tengo pensado. Está castigado en el colegio.

FRASQ. ¡Pobre criatura! (Riéndose.)

MAN. ¡Es usted el demonio, doña Socorro!

D.ª SOC. Sí, que usted es un angel, don Manolito.

ESCENA X

DICHOS, DON PATRICIO con un niño de pecho en brazos.—PERIQUITO, JUANITO y DIEGUITO cogidos de la mano; el mayor, de la derecha de don Patricio. Los niños estarán vestidos con modestia.

D. PAT. (Dentro.) Cuidadito, niños. ¡Mucha formalidad!

D.ª SOC. Ya están ahí.

D. PAT. ¡Aquí tienen ustedes la familia!

FRASQ. ¡Ay, qué monísimos son! Un beso, hijo mío;

---

(1) Doña Socorro.—Frasquita.—Manuel.

(2) Frasquita.—Doña Socorro.—Manuel.

otro tú, saleroso; y tú, cominillo. ¿Y ese? ¿A ver ese?

D. PAT. No le despierten ustedes... que llora mucho.

FRASQ. ¡Paece un angelito! (1)

D.ª SOC. Estoy contenta de mis nietos. (Coge en brazos al de peeho.)

PERIQ. Buenas tardes tengan ustedes. ¿Cómo están ustedes? ¿Y la familia?

FRASQ. ¡Ay, qué bien educados!

D. PAT. ¡Es muy listo!

PERIQ. Yo estoy bueno, gracias, para servir á ustedes.

D.ª SOC. (Me parece que este niño habla demasiado.) (Aparte á don Patricio.)

D. PAT. Es el hijo de la del entresuelo del 23.

D.ª SOC. ¡Ah! de esa que dicen que si...

D. PAT. Calle usted, señora... (Debemos estarle agradecidos por habernos dejado el muchacho.)

D.ª SOC. Voy á llevar adentro á esté chiquitín. Le echaré en su cama de usted. (A Frasquita.)

FRASQ. ¡Ay, no, hija mía, no tanto!

D.ª SOC. Bueno, lo acostaré en la de Gilito. (Entra segunda derecha y vuelve á salir inmediatamente sin el niño.)

MAN. Acercaos, no tengáis miedo... (2) Yo soy vuestro papá, ¿eh? No lo olvidéis, y esta vuestra mamá...

JUA. (Llorando.) Yo quiero ir con mi madre...

FRASQ. Hijo mío, si tu mamá soy yo.

PERIQ. No, señora; si la madre de éste es...

D. PAT. Ya te he dicho que te calles, y que no hables más que cuando te pregunten (3).

MAN. (Me parece que estos niños nos van á poner en un compromiso. (Aparte á don Patricio.)

D. PAT. No tema usted. Están perfectamente aleccionados, y sobre todo, aquí estamos nosotros para evitar cualquier imprudencia.

---

(1) Manuel.—Dieguito.—Juanito.—Periquito.—Frasquita.—Don Patricio.—Doña Socorro.

(2) Frasquita.—Dieguito.—Juanito.—Periquito.—Manuel.—Don Patricio.

(3) Frasquita.—Dieguito.—Doña Socorro.—Juanito.—Periquito. Don Patricio.—Manuel.

DIEG. Yo vengo del colegio.
MAN. ¡Muy bien dicho!
D. PAT. ¿Lo ve usted?
JUA. ¡Yo quiero ir con mi madre! (Llorando.) (1)
MAN. Toma, toma un caramelo, y cállate.—Tomad vosotros, hijos míos, y á jugar por ahí.
PERIQ. Muchas gracias.

ESCENA XI

DICHOS y DON ANICETO.—Al final PETRA

D. AN. (Dentro.) ¿Dónde anda la gente? ¿No sale nadie á recibir á los forasteros?
MAN. ¡El tío! (Va al foro)
D.ª SOC. ¡Quietos, niños, quietos!
D. PAT. Hablad poquito, ¿eh?
MAN. Aquí tiene usted á los pequeños. (Á don Aniceto, que entra.) (2)
D. AN. ¡Oh, la gente menuda! ¡Venga un millón de besos! (Los besa.) ¡Qué guapos son! Tenéis unos chiquillos preciosos (3).
FRASQ. Muchas gracias.
D. AN. Este será (Por Periquito.) Anicetito, el mayor, mi ahijado.
MAN. No, señor, no.
D.ª SOC. ¡Ese es el segundo!
D. AN. ¿Cómo te llamas, hermoso?
PERIQ. (Á don Patricio.) ¿Hablo ó no hablo?
D. PAT. Sí, hijo mío, sí.
PERIQ. Buenas tardes tenga usted. ¿Cómo está usted? ¿Y la familia?
D. AN. ¡Es encantador!—¿Cuántos años tienes?
MAN. Cinco.
PERIQ. No, señor, tengo siete.

---

(1) Dieguito.—Doña Socorro.—Frasquita.—Juanito.—Manuel.—Periquito.—Don Patricio.

(2) Frasquita.—Manuel.—Don Aniceto.—Periquito.—Juanito.—Doña Socorro.—Dieguito.—Don Patricio.

(3) Frasquita.—Manuel.—Periquito.—Don Aniceto.—Juanito.—Doña Socorro.—Dieguito.—Don Patricio.

D. PAT. ¡Cállate! ¿Qué sabes tú? La manía de todos los chicos: aumentarse la edad.

D. AN. ¡Cuidado que está crecido!

D.ª SOC. (A don Patricio.) (¡Claro! Para cinco años...)

D. PAT. (No he podido encontrarlo más pequeño.)

D. AN. ¡Y cómo se parece á tu madre! ¡Es la misma cara de Manuela! Este no (Por Juanito.), este ha salido á la línea materna. Se parece muchísimo á usted, (A don Patricio.) al abuelo.

D. PAT. Sí, algo, algo. Es usted un buen fisonomista.

D. AN. ¿Y cómo te llamas tú, cómo te llamas? (A Juanito.)

JUA. ¡Yo quiero ir con mi madre! (Llorando.)

D. AN. Espera un momento.

JUA. ¡Yo quiero ir con mi madre! (Más fuerte.)

D. AN. Cógele, cógele; se conoce que está muy encariñado contigo. (A Frasquita.)

FRASQ. Ven acá, hijo mío. (Lo coge en brazos.) (1)

JUA. Yo quiero ir con mi ma... (Llorando más fuerte.)

FRASQ. (¡Cállate!) (Tapándole la boca.)

D. AN. ¿Y tú, buen mozo? (A Dieguito.)

DIEG. Vengo del colegio.

D. AN. ¡Así me gusta! ¡Aplicación! ¿Y qué estudias tú tan pequeñito?

DIEG. Vengo del colegio.

D. AN. Sí, ya lo he oído; por eso te pregunto...

DIEG. Vengo del colegio.

D. PAT. No le sacará usted de ahí. Los muchachos, cuando se les mete una cosa en la cabeza... Ese, ese es el que estudia con mucho aprovechamiento. (Por Periquito.)

D. AN. ¿Sí, eh? ¿Y qué es lo que sabes?

PERIQ. Pues yo sé de todo.

D. AN. ¡Hola! ¡Hola!

PERIQ. Gramática, geografía, historia, aritmética...

D. AN. ¡Caramba! ¡Vamos á ver! ¿Cuál es la capital de Francia?

PERIQ. (Después de pensar un poco.) ¡A eso no he llegado todavía!

D. AN. ¡Vamos! No ha pasado de la frontera.

---

(1) Frasquita.—Juanito.—Manuel,—Periquito.—Don Aniceto.—Dieguito.—Doña Socorro.—Don Patricio.

PERIQ. Los reyes godos son los siguientes: Ataulfo, Sigerico... Alarico... Amalarico... Eurico... Witerico...

D. AN. ¡Pobre chico! — ¡Basta, basta! ¡No esfuerces la imaginación!

PERIQ. Sé también los puntos cardinales.

D. AN. ¿Sí? ¿Cuáles son?

PERIQ. Pues son: Norte... Sur... Este y... Este... y Este y...

D. AN. ¿Cuál? ¿Cuál?

PERIQ. ¡El otro!

D. AN. ¡Muy bien! ¡Muy bien! — Y á propósito del otro. ¿Por dónde anda mi ahijado?

D.ª SOC. Está castigado en el colegio. ¡Es muy desobediente!

D. AN. ¡Pobrecito!

FRASQ. ¡No se puede usted figurar lo díscolo que es esa criatura!

MAN. ¡Es de lo que no hay!

D. PAT. (¡Claro! ¡Como que no lo hay!)

D. AN. ¡No importa! Hoy es día de indulto. Que vayan á buscarlo inmediatamente.

D.ª SOC. }
D. PAT. } ¡No!

FRASQ. ¡De ninguna manera!

MAN. No, tío, le conviene alguna corrección. Ya le verá usted mañana.

D. AN. ¡Bueno! No quiero debilitar la autoridad paterna... Aprende, hijo mío. (Á Periquito.) Aprende á ser bueno para que no te castiguen como á tu hermano (1).

PERIQ. Pero si yo no tengo... (Don Patricio le tapa la boca.)

D. PAT. ¡Calla, hijo mío, calla! Ya habéis molestado bastante á este señor.

MAN. ¡Sí, sí! Que se los lleven allá adentro.

D.ª SOC. ¡Petrita! ¡Petrita!

D. AN. ¡Pero si á mí me encantan los niños! Déjenlos ustedes. (Abrazándolos.)

D. PAT. No, no, que se ponen muy pesados.

PETRA ¿Qué querías, mamá?

---

(1) Frasquita.—Juanito.—Manuel.—Don Patricio.—Periquito.—Don Aniceto.—Dieguito.—Doña Socorro.

D.ª Soc. Llévate á estos niños y entretenlos.
Petra Vamos, vamos, venid conmigo.
Jua. ¡Yo quiero ir con mi madre!... (Llorando.)
D.ª Soc. ¡Anda, anda! ¡Llévatelos!
Dieg. Vengo del colegio. (Vanse Petra y los niños.)
Man. (¡Ay, gracias á Dios!) (Se oye dentro llorar al de pecho.)

ESCENA XII

DICHOS, menos PETRA y los niños

D.ª Soc. Ya se ha despertado el pequeño (1).
Man ¡Jesús! ¡Qué criaturas!
D. An. ¡A mí me deleitan! Tal vez por lo mismo que vivo solo y sin familia, todo esto que á ustedes les molesta á mí me encanta. ¡Anda, anda! ¡Cómo aprieta! ¿Está con la nodriza?
Man. ¿Nodriza? ¡No, señor! Nuestra posición no nos permite esos lujos.
D.ª Soc. Lo cría esa. (Por Frasquita.)
D. An. Pues anda, mujer, anda. Por mí no descuides tus deberes.
Frasq. Voy, voy... (Es ya lo último que me faltaba.) —(A Manuel.) (Deme usted un caramelo, trapalón.) (Se lo dá. Vase puerta segunda derecha; se la oye cantar arrullando á la criatura. Cesa el lloro.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos FRASQUITA

D. An. Pues señor, bien. — ¿Para qué hora tienen ustedes preparada la comida?
D.ª Soc. Para las siete.
D. An. Y son... las cinco. (Mirando el reloj.)
D. Pat. (¡Una hora todavía!) Ustedes tendrán que hablar. Yo voy por ahí dentro. (Dirigiéndose puerta segunda izquierda.)

---

(1) Frasquita.—Manuel.—Don Aniceto.—Doña Socorro.—Don Patricio.

D.ª Soc. (Deteniéndole.) ¿Va usted á emprenderla ahora con las aceitunas?

D. Pat. ¿Eh?

D.ª Soc. Quédese usted aquí. (Hasta este momento se ha oido el llanto del niño y la canción de Frasquita.)

D. Pat. ¡Paciencia! Yo me desquitaré luego.

D. An. ¿Eh? ¿Qué tal? Ya se ha callado el nene. ¡Claro! En cuanto le dieron lo que necesitaba.

Man. (Debe de ser goloso el chiquillo.)

D. An. Y vamos á ver. Yo necesito hablar con ustedes de una cosa que nos importa á todos. —Tomen luneta.

D.ª Soc. ¿Eh?

D. An. Sentémonos. (Se sientan.) (1).

D. Pat. Usted dirá.

D.ª Soc. (¿Qué será ello?)

Man. (¿Qué se le habrá ocurrido?)

D. An. No creo que les desagrade mi decisión.—Manuel me ha enterado de la posición de ustedes, de sus vicisitudes y sus apuros, y yo me creo en el caso de aliviarlos en lo posible.

D.ª Soc. Muchas gracias.—(¡Nos va á dar dinero!) (Aparte á don Patricio.)

D. Pat. (¡Un filón! ¡Un filón!)

D. An. No es posible que sigan ustedes viviendo en esta casa, ni de esta manera. No es decoroso que parientes míos tan cercanos carezcan hasta de lo más preciso.

Man. Tío...

D. Pat. Don... don...

D.ª Soc. ¡Don Aniceto, usted nos confunde!

D. Pat. Sí, señor; usted nos confunde... (con otros.)

D. An. Hay que mudarse á una buena casa. Amueblarla con decencia y comodidades, y que vivan ustedes como corresponde á personas de nuestra clase.

D.ª Soc. Nosotros...

D. Pat. Lo que usted decida.

D. An. Pues yo he resuelto buscar desde hoy mismo esa habitación, prepararla conveniente-

---

(1) Manuel.—Don Aniceto.—Doña Socorro.—Don Patricio.

mente... y quedarme al lado de ustedes tres ó cuatro meses.

MAN. (¡María Santísima!) (Levantándose.)

D. PAT. (¡Un filón! ¡Un filón!...) (Á doña Socorro.)

D. AN. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Les parece á ustedes bien?

D.ª SOC. ¡Perfectamente!

D. PAT. ¡Una gran idea!

MAN. Pero tío... yo... nuestra delicadeza no nos permite...

D. AN. Pero, hombre, entre familia...

D.ª SOC. Tiene razón el tío.

D. PAT. Yo lo encuentro muy natural.

MAN. (Estos temen perder la ganga.) (Estrépito de vajilla que se rompe.)

D. PAT. ¡Cataplúm!

D.ª SOC. ¡Los chicos! ¿Qué habrán hecho? (Vanse precipitadamente doña Socorro y don Patricio. Este va á meterse puerta segunda izquierda, doña Socorro le lleva por el foro izquierda.)

ESCENA XIV

DON ANICETO y MANUEL

D. AN. Alguna diablura de los muchachos (1).

MAN. ¡De seguro! Crea usted, tío, que el vivir en familia tiene sus goces, pero proporciona también muchas amarguras. Usted, acostumbrado á esa vida apacible, tranquila...

D. AN. Estoy harto de ella.

MAN. ¡Ah! Es que usted no sabe lo que es lidiar con tanto chiquillo. ¡Esta casa es un infierno!... ¡Tío!... No se quede usted con nosotros, créame usted á mí.

D. AN. ¡Nada! No me convences. Precisamente esto es lo que me entusiasma. Yo cogeré los chicos, los llevaré á paseo, y pasaré tres ó cuatro meses á mi gusto.

MAN. Pero...

D. AN. Mira, tan decidido estoy á ello, que ahora mismo, cuando venía en el coche desde la

(1) Don Aniceto.--Manuel.

fonda, escribí aquí, en una hoja de la cartera, un telegrama á mi corresponsal de París, diciéndole que no me espere hasta nuevo aviso. (Arranca la hoja.)

MAN. (Me he divertido.)

D. AN. Toma, y que lo lleven en seguida á la Central.

MAN. Iré yo mismo. (Telegrafiaré para que le llamen inmediatamente. No sé cómo, pero yo he de hacer que se marche.) (Mientras coge el sombrero y se pone el gabán.)

D. AN. Vuelve pronto, ¿eh? (1).

MAN. Al momento. Puede usted esperarme aquí en mi cuarto. Estará usted más entretenido... Ahí hay libros...

D. AN. Bueno, bueno; no te detengas.

MAN. Hasta después. (Vase.)

ESCENA XV

DON ANICETO, y en seguida FRASQUITA

D. AN. ¡Vaya! ¡Vaya! Pues poquito deseaba yo estas cariñosas espansiones de familia...

FRASQ. (¡Jesús! Creí que no acababa de dormirse ese arrapiezo.) Pero, ¿qué es esto? ¡Le han dejado á usted solo!

D. AN. Sí, he enviado á Manolito al telégrafo...

FRASQ. Pues siéntese usted, le haré un ratito de compañía.

D. AN. Con mucho gusto... (Se sienta.—Pausa.—Frasquita adopta una actitud coquetona.—Don Aniceto la mira de arriba abajo, fijándose en el pie de Frasquita, que ella dejará ver como al descuido.) (Es guapa de verdad la mujer de mi sobrino.)

FRASQ. ¿Conque solo vamos á tener el placer de verle por aquí tres ó cuatro días? Bien podía usted detenerse un poquito más!

D. AN. ¡Pues claro que pienso detenerme!

FRASQ. ¿Sí?

---

(1) Manuel.—Don Aniceto.

D. AN. Sí, hija, sí. He decidido no marcharme hasta dentro de tres ó cuatro meses.

FRASQ. ¿De veras? ¡Cuánto me alegro! ¿Le gustará á usted Madrid, verdad? Es una población muy bonita y muy animada. A mí me deleita, y sobre todo, esta libertad que tenemos aquí las señoras de entrar y salir y de ir á todas partes; al paseo, al teatro y á última hora á algún café...

D. AN. (¿Eh?)

FRASQ. La Habana será también una población muy grande, ¿verdá?

D. AN. ¡Sí, muy grande!

FRASQ. ¡Ay! Aquello debe ser muy hermoso.

D. AN. Mucho, mucho...

FRASQ. Y á usted por lo visto le prueba bien aquella tierra.

D. AN. Sí, es natural; en cuarenta años que llevo allá ya he tenido tiempo de aclimatarme.

FRASQ. Se habrá ido usted de muy niño.

D. AN. No, no tan niño, tenía ya veinte años.

FRASQ. Según eso ¿tiene usted?...

D. AN. Sesenta.

FRASQ. ¡Jesús!

D. AN. ¿Represento más, eh?

FRASQ. ¡Calle usted, por Dios! ¡Si está usted hecho un pollo!

D. AN. Muchas gracias.

FRASQ. Tiene usted un cutis tan fresco y tan sonrosado, y unos ojillos tan vivarachos...

D. AN. Gracias, gracias. (¡Qué zalamera es la sobrinita!)

FRASQ. Y es raro que se conserve usted tan bueno habiendo trabajado tanto, porque supongo que usted...

D. AN. Sí, hija mía, he trabajado muchísimo.

FRASQ. Pero, con fruto.

D. AN. ¡Eso sí! No puedo quejarme.

FRASQ. De manera que usted allá tendrá muchos ingenios con cañas de azúcar y plantaciones de tabaco... y cafetales...

D. AN. No; los tenía; pero vendí todas las propiedades rústicas porque me daban mucho que hacer, y hoy tengo mi fortuna invertida en

acciones de Banco, que me producen una renta segura...

FRASQ. Ya será buena la renta, ¿eh?

D. AN. ¡Pche! Unos treinta mil pesos anuales.

FRASQ. (¡Treinta mil pesos!) (Acercándose á don Aniceto.) ¡Y con esa fortuna no hace usted feliz á una mujer! No tiene usted perdón de Dios en conservarse soltero...

D. AN. Algunas veces me pesa el no haberme casado...

FRASQ. ¿Y por qué no se casa usted, hijo?

D. AN. ¡A buena hora mangas verdes!

FRASQ. Pues si está usted en la mejor edad para eso.

D. AN. ¿Para qué?

FRASQ. ¡Para casarse!

D. AN. Con alguna vieja.

FRASQ. O con alguna joven. (Con mucha zalamería.)

D. AN. ¡Ah! Si yo encontrara una mujer buena, y guapa, y no muy niña...

FRASQ. De mi edad, por ejemplo.

D. AN. Eso es. Si me quisiera una así, como tú, tal vez me decidiese...

FRASQ. ¿De veras? (¡Y que no aprovecho yo esta proporción!...)

D. AN. Pero no es facil que con esta facha y esta fecha halle una mujer de esas condiciones.

FRASQ. Calle usted, por Dios, no sea tan modesto. Un hombre tan simpático como usted... ¡porque usted es muy simpático!...

D. AN. Gracias.

FRASQ. Pero muchísimo.

D. AN. (¡Ay, qué miraditas!)

FRASQ. Yo le aseguro á usted... que no hubiera tenido ningún inconveniente en casarme con un hombre de su edad. Y no vaya usted á creer que por el interés, no señor; porque el dinero no es la felicidad. En el matrimonio lo primero es el cariño; y usted lo que necesita es una mujer como yo, que le trate con mimo, que le traiga en palmitas y le esté adivinando los pensamientos.

D. AN. (¡Caspitina!)

FRASQ. Crea usted que conmigo un hombre como usted sería completamente feliz; porque yo

diría: ¿Qué quiere mi maridito? ¿Estarse en España? Pues en España. ¿Volverse á Cuba? Pues á Cuba. ¡Ay! Y que á mí me gustaría mucho aquello. Yo he nacido para los países tropicales; para estarme en una mecedora, (Meciéndose en la silla.) mirándome en los ojos de mi esposo y teniendo junto á mí dos ó tres negritos haciéndome aire con un abanico de plumas; porque á mí me gustan mucho los negritos, ¿sabe usted?

D. AN. (¡Sí! Y los blanquitos me parece que te gustan también.) (Levantándose.—Llora dentro el niño de pecho.) Creo que llora el niño.

FRASQ. Déjele usted que llore.

D. AN. Pero, mujer.

FRASQ. (¡Ay, es verdad! (Levantándose.) ¡Ya me había olvidado de que era su madre!) Voy allá, con permiso de usted.

D. AN. Sí, sí, vete.

FRASQ. ¡Pobrecito de mi alma! ¡Rico mío de mi corazón! (Vase puerta segunda derecha.)

ESCENA XVI

DON ANICETO, luego PERIQUITO

D. AN. ¡Qué oportunamente ha llorado el angelito! Ya me iba á mí poniendo en cuidado el lenguaje de mi sobrina. ¡Qué modo de expresarse y qué manera de mirar y qué... ¡Dios me lo perdone! Pero si uno fuera mal pensado...

PERIQ. (Puerta izquierda del foro.—Montado en un palo y con un sombrero de tres picos hecho de un periódico.) ¡Tararí! ¡Tararí! ¡Tararí! (Corriendo.)

D. AN. ¿A dónde va usted, mi general? (1)

PERIQ. ¡Eh!

D. AN. Venga usted acá.

PERIQ. Buenas tardes, ¿cómo está usted?

D AN. Bien, hijo. Ya me lo has preguntado antes.

PERIQ. ¿Pero comemos ó no comemos?

---

(1) Periquito.—Don Aniceto.

D. AN. En seguida, en cuanto venga tu papá.

PERIQ. ¿Pero mi papá va á comer aquí?

D. AN. ¡Naturalmente! Y tu mamá también.

PERIQ. ¿Tambien mi mamá?

D. AN. ¡Pues claro! ¿Por qué lo extrañas?

PERIQ. Es que como mi papá y mi mamá casi nunca comen juntos...

D. AN. ¡Eh! ¿Qué es eso?

PERIQ. Ay, ya no me acordaba que me habían encargado que no le dijese á usted nada.

D. AN. (¡Canastos!) Oye, hijo mío, oye. Ven acá y habla bajito. (Se sienta y sienta al niño sobre sus rodillas.) Yo te compraré muchos juguetes y dulces, y todo lo que quieras, pero vas á responderme á cuanto te pregunte...

PERIQ. Pero es que...

D. AN. No temas, que yo no se lo diré á nadie.—¿Dices que tu papá come en casa muy pocas veces?

PERIQ. Sí, señor. Muy pocas. El que come es don Federico.

D. AN. ¿Don Federico? ¿Y quién es don Federico?

PERIQ. Uno que me regala muchos juguetes.

D. AN. ¡Zambomba!

PERIQ. Sí, señor; también me regaló una zambomba por Noche-buena.—Me quiere mucho; pero mi mamá me encarga que no se lo diga á papá.

D. AN. ¡Basta, hijo mío, basta! ¡No necesito saber más! (Levantándose.)

ESCENA VII

DICHOS, FRASQUITA

FRASQ. (¡Jesús!) Este hombre solo con el chiquillo!) Ven acá, hijo mío, ven acá; no molestes á este señor.

D. AN No, no me molesta. (Con sequedad.)

FRASQ. Anda, vete á jugar por allá dentro. (1)

---

(1) Periquito.—Frasquita.—Don Aniceto.

PERIQ. ¡Tararí! ¡Tararí! ¡Tararí! (Vase corriendo, como entró; por la puerta foro derecha.)

FRASQ. Estos niños son tan pesados y tan inconvenientes...

D. AN. Todo lo contrario; en algunas ocasiones son muy convenientes, pero mucho.

FRASQ. ¿Eh?

D. AN. A veces sabe uno por ellos lo que no debe ignorar.

FRASQ. ¿Qué dice usted?

D. AN. Que los niños y los locos son los que dicen las verdades. Y no necesito añadir más para que usted me comprenda. ¡Lo sé todo! Esperaré á Manuel en su cuarto hasta que llegue.

FRASQ. Pero... es que yo...

D. AN. Déjeme usted, señora. ¡Déjeme usted! (Entra por la primera puerta derecha.)

ESCENA VIII

FRASQUITA y luego DON PATRICIO y DOÑA SOCORRO

FRASQ. ¡Dios mío de mi alma! ¡Se nos cayó la casa á cuestas! ¿Pero á mí, qué? Yo no iba ganando nada con estos enredos... Procuraré hacerle comprender á este buen señor que si he tenido parte en la farsa ha sido pura condescendencia; que yo soy una señora muy formal, enemiga de líos y de belenes. Y cuando se convenza, ¿quién sabe? ¿quién sabe si engancharé á este Colorado... *colorado maduro*, como los cigarros que fumaba mi Paquito? (Entran Doña Socorro y don Patricio.)

D.ª SOC. ¿Qué es eso? ¿Se ha marchado ya el tío? (1)

FRASQ. ¡El tío! ¡Ya no hay tal tío!

D.ª SOC. ¡Cómo!

D. PAT. ¿Eh?

FRASQ. ¡Lo ha descubierto todo!

D.ª SOC. ¡Virgen del Socorro!

D. PAT. Pero ¿por quién?

---

(1) Don Patricio.—Frasquita.—Doña Socorro.

FRASQ. Por el chiquillo mayor.

D. PAT. ¡Lo mato! ¿Dónde está?

FRASQ. No lo sé. Ese señor se ha metido ahí y está indignado con todos nosotros.

D.ª SOC. ¡Ahora que nos iba á poner una casa con gran lujo!

D. PAT. ¡Ahora que nos aseguraba el pan nuestro de cada día!

D.ª SOC. Usted tiene la culpa, por haber traído chiquillos charlatanes. (Á don Patricio.)

D. PAT. ¿Yo? (¡Haga usted favores para esto!)

ESCENA XIX

DICHOS y MANOLITO

MAN. ¡Ea! ¡Ya estoy aquí!

D.ª SOC. ¡Ay, don Manolito! (1)

D. PAT. ¡Buena la hemos hecho!

FRASQ. ¡Todo se lo ha llevado el demonio!

MAN. ¡Eh! ¿Qué dicen ustedes?

D.ª SOC. Que uno de los niños ha descubierto el enredo, y el tío está furioso esperándole á usted en su habitación.

MAN. ¡María Santísima! ¡Cuando yo decía que los niños eran temibles! Usted tiene la culpa, (Á don Patricio.) por haber traído chiquillos charlatanes.

D. PAT. ¿También usted? (¿Á que me niega ahora los veinte duros que me corresponden?)

MAN. ¿Y qué hago yo, Dios mío? ¿Con qué cara me presento á ese pobre señor? ¿Cómo disculpo esta indignidad? ¿Cómo justifico mi conducta? ¡Retírense ustedes! Yo necesito obtener su perdón á toda costa.

FRASQ. ¡Hágale usted comprender que yo no he tenido la culpa de nada! (Vase puerta primera derecha.)

D. PAT. (¡Se nos acabó el filón, doña Socorro!) (Á doña Socorro.)

D.ª SOC. (¡Yo que me había hecho tantas ilusiones!)

MAN. (¿Qué le diré yo?) (Preocupado.)

---

(1) Don Patricio.—Frasquita.—Manuel.—Doña Socorro.

D. PAT. Oiga usted. (A doña Socorro.) No creo yo que por eso vaya á suspenderse la comida.

D.ª SOC. Pero hombre, ¿todavía piensa usted en comer después de un disgusto tan grande?

D. PAT. ¡Por eso! Así tendremos fuerzas para soportarlo. (Vanse doña Socorro y don Patricio foro izquierda, repitiendo el juego del mutis de la escena XIII.)

ESCENA XX

MANOLITO y enseguida DON ANICETO

MAN. ¡Cómo estará ese hombre! ¡Y con razón! ¡Ea, pecho al agua! ¡Me va á llenar de improperios, pero yo le desarmaré con mi humildad!—¡Tío! (Llamando tímidamente.) ¡Tío! (Se presenta don Aniceto.—A medida que avanza hacia Manuel éste retrocede asustado.) ¡Tío!... (1)

D. AN. (Abrazándole de pronto con gran efusión.) ¡Sobrino de mi alma!...

MAN. ¡Eh! (Sorprendido.)

D. AN. ¡Sobrino de mi corazón! (Volviendo á abrazarle.)

MAN. (¿Qué es esto?)

D. AN. ¡Qué desgraciado eres!

MAN. (¡Me compadece!) Pero, tío...

D. AN. ¡Calma! ¡Tranquilidad!

MAN. Yo...

D. AN. Haz el favor de contestarme.—¿Quién es Don Federico?

MAN. ¿Don Federico? No lo sé...

D. AN. ¡Ah, no le conoces! ¡No es amigo tuyo! ¡Menos mal!

MAN. Pero, no comprendo...

D. AN. Hijo mío, yo siento darte un disgusto, pero no hay remedio. Hay cosas que no deben ocultarse.

MAN. Usted dirá... (Con timidez.)

D. AN. ¡Ten ánimo! Ten fortaleza para recibir (Manuel, esperando una bofetada, se asusta.) una noticia muy grave. Tu mujer... tu mujer... No sé cómo decírtelo.

---

(1) Manuel.—Don Aniceto.

MAN. ¡Ah! ¿Pero es cosa de mi mujer lo que tiene usted que decirme? (Tranquilizándose.)

D. AN. ¡Sí!

MAN. Pues en ese caso, dígamelo usted sin rodeos.

D. AN. Pero, ¿tú sospechabas tal vez?

MAN. ¡Sí señor! Yo sospechaba que... Dígame usted lo que sabe, para ver si es lo que yo sospechaba.

D. AN. Pues bien, me consta que tu mujer come casi todos los días con Don Federico.

MAN. ¡Ah! ¿Es eso? (Alegre.)

D. AN. ¡Cómo!

MAN. ¡Ah! ¿Es eso? (Con gravedad dramática.)

D. AN. Sí, sobrino mío. Esa mujer no merece llevar tu nombre.

MAN. (¡Oh, qué idea!)

D. AN. Es preciso que tomes una resolución enérgica; que vuelvas por tu decoro y tu dignidad.

MAN. ¡Sí señor! ¡Tiene usted razón! ¡No en balde sospechaba yo! ¡Infame! ¡Engañarme de esta manera! ¡Nada, tío! ¡Que se quede con sus padres y con ese Don Federico! Yo me marcho con usted ahora. Inmediatamente (Bajando la voz.) y sin que nadie lo sepa...

D. AN. Pero... reflexiona...

MAN. ¡Yo no puedo seguir en esta casa! Voy á coger la maleta y nos vamos... (1)

D. AN. ¿Cómo?

MAN. Sin despedirnos.

D. AN. Pero, hombre, yo comprendo que te separes de tu mujer, pero, ¿y tus hijos? ¡esos pobres niños!

MAN. ¡No me hable usted de ellos!

D. AN. ¡Eh!

MAN. ¡Hasta dudo de que sean míos!

D. AN. ¡Jesús! (Aterrado.)

MAN. ¡Silencio! ¡Mi resolución es irrevocable! (¡Me he salvado! (Vase puerta primera izquierda.)

---

(1) Don Aniceto.—Manuel.

ESCENA XXI

DON ANICETO; luego DON PATRICIO y DOÑA SOCORRO

D. AN. Ya me pesa habérselo dicho. Pero ¿cómo había yo de suponer que tomara una resolución tan pronta y definitiva? ¡Esto no es posible! ¡Abandonar así á toda la familia! Yo no puedo consentirlo. (Vase foro izquierda.) ¡Señora!... ¡Caballero!... Vengan ustedes. (Se presentan.) Vengan ustedes acá. (1)

D.ª SOC. (Nos va á poner como chupa de dómine.)

D. PAT. (Nos va á dividir.)

D. AN. Es preciso que me ayuden ustedes á evitar un conflicto en esta casa.

D.ª SOC. ¿Cómo?

D. PAT. ¿Qué?

D. AN. ¡Manolito está furioso!

D. PAT. ¿Manolito?

D.ª SOC. ¿Y usted no?

D. AN. Yo también; pero él muchísimo más, como es muy justo.

D.ª SOC. ¿El más? Pero ¿por qué?

D. AN. No es esta ocasión de decírselo á ustedes. (Al fin y al cabo son los padres de ella.—No debo avergonzarles.) Lo único que exijo de ustedes...

D.ª SOC. ¡Lo que usted pida!

D. PAT. ¡Todo lo que usted quiera!

D. AN. Pues bien: exijo que don Federico no vuelva á poner los pies en esta casa.

D.ª SOC. ¿Don Federico?

D. PAT. (¿Quién es don Federico?) (A doña Socorro.)

D.ª SOC. (¡Yo que sé!)

D. AN. Prométanmelo ustedes solemnemente!

D.ª SOC. ¡Está bien! ¡No volverá!

D. PAT. ¡Ya se guardará muy bien de volver! (2).

D. AN. ¡Gracias! ¡Gracias! (Dándoles la mano.) Ahora me convenzo más que nunca de la necesi-

---

(1) Don Patricio.—Doña Socorro.—Don Aniceto.

(2) Don Patricio.—Don Aniceto.—Doña Socorro.

dad de permanecer entre ustedes algún tiempo.

D.ª Soc. ¡Ya lo creo! Sí, señor. ¡Nos hace usted muchísima falta!

D. Pat. Más de la que usted se figura.

D. An. Mi sobrino, como he dicho á ustedes, está irritadísimo, hasta el punto de querer abandonar á sus hijos.

D.ª Soc. ¿A sus hijos? (¡Pero este hombre no sabe nada!)

D. An. ¿Qué culpa tienen esas pobres criaturas de lo que aquí sucede?

D.ª Soc. Dice usted bien, ¿qué culpa han de tener?

D. Pat. ¡Ninguna! (La culpa la tengo yo por haberlas traído.)

D. An. ¡Es preciso que evitemos este escándalo! ¿Cuál es el hijo á quien Manolito quiere más?

D.ª Soc. ¡A todos!

D. Pat. ¡A todos los quiere mucho!

D. An. Bien, pero tendrá predilección por alguno...

D. Pat. Sí, señor, por... por el chiquitín. (Ese no habla.)

D. An. ¿Está ahí, verdad?

D.ª Soc. ¡Sí, señor!

D. An. ¡Pues bien, (Con solemnidad.) con ese niño en mis brazos, yo procuraré conmoverle y hacer que desista de su resolución! (Vase puerta segunda derecha.)

ESCENA XXII

DON PATRICIO, DOÑA SOCORRO, luego FRASQUITA, después MANOLITO con todos los bultos del acto primero

D. Pat. (Después de una pequeña pausa, en que se han quedado estupefactos.) Pero, ¿qué será esto, doña Socorro?

D.ª Soc. Pues, este es otro lío, don Patricio.

Frasq. ¿Qué es eso? ¿Ha perdonado ya ese señor á á don Manolito?

D.ª Soc. ¡Qué ha de perdonar, si no sabe una palabra!

FRASQ. ¡Que no lo sabe!
D. PAT. ¡Ni media!
MAN. Tío, vámonos. (Sin reparar en los personajes.) (1).
FRASQ. Pero, hijo, ¿dónde va usté con los trastos de viajar?
D.ª SOC. ¿A dónde va usted, don Manolito?
D. PAT. Don Manolito ¿á dónde va usted?
MAN. ¡Callen ustedes, por Dios! ¿En dónde está mi tío?
D.ª SOC. En esa habitación.
MAN. Pues, déjenme ustedes solo. ¡Me he salvado! (Muy contento.) Me marcho con él.
D.ª SOC. ¿Que se marcha usted? ¿Y nosotros?
D. PAT. ¡Don Aniceto no se marcha! ¡Qué se ha de marchar!
MAN. Repito á ustedes que me dejen.
D.ª SOC. Pero...
MAN. ¡Váyanse ustedes! (Incomodado.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DON ANICETO, luego PETRA, y más tarde GIL. Al fin el CAMARERO

D. AN. ¡No, no se vayan ustedes! (Puerta segunda izquierda.—Con naturalidad.)
TODOS ¡Eh!
D. AN. Necesito hablar á toda la familia.
D.ª SOC. Usted dirá.
D. AN. Señores... ¿Dónde están los cuñaditos? (2).
D.ª SOC. ¡Petra, hija mía, ven!
D. PAT. (Este hombre va á darnos algo!) (A Frasquita.)
D.ª SOC. Gilito no está en casa. (Entra Petra.)
D. AN. ¡Bueno! Es lo mismo. (Con amabilidad.) Estando los suegros, y la mujer, y el esposo, es suficiente.—Pues, señores, yo buscaba, como ustedes saben, en ese cuarto el niño menor de mi sobrino... pero...

---

(1) Frasquita.—Don Patricio.—Doña Socorro.—Manuel.
(2) Frasquita.—Don Patricio.—Don Aniceto.—Doña Socorro.—Manuel.

D.ª Soc. ¡Qué! ¿No está? (1).

D. An. ¡Sí! Pero he encontrado algo más eficaz para dar solución al conflicto pendiente.—Aquí está. (Sacando el padrón del bolsillo de la levita.)

D. Pat. (A Frasquita.) (¿Habrá hecho testamento?)

D. An. (Lee.) «Empadronamiento general de los vecinos de Madrid.»

D.ª Soc. (¡El padrón!)

Man. (¡Dios mío!) (Dejando caer los bultos.)

Frasq. (¡Jesús!)

D. Pat. (¡Nos partió!)

D. An. «Doña Socorro García y García.» (Dirigiéndose á ella y como si la insultara.) ¡Pupilera!

D.ª Soc. Don Aniceto, yo...

D. An. «Doña Francisca Ruiz Andujar. ¡Viuda!»

Frasq. Para servir á usted.

D. An. A mí no me sirve usted, señora.

Frasq. (¡Ay, qué grosería!)

D. An. «Don Manuel Jiménez. «¡Soltero!»

Man. ¡Tío! Perdóneme usted.

D. An. No, yo no soy tu tío. (Incomodado.)

D.ª Soc. ¡Cómo! ¡Tampoco es usted su tío!

D. An. Desde este momento, como si no lo fuera. Se han burlado ustedes de mí de una manera indigna. ¡Queden ustedes con Dios! Medio mutis.—Todos le detienen.)

Man. ¡Burlarnos!

D. Pat. No señor.

Frasq. De ninguna manera.

D.ª Soc. Ha sido, no una burla, sino un engaño á que nos ha obligado la falta de recursos, la necesidad... (Con humildad.)

D. Pat. Y la gana de comer.

D. An. (¡Pobre gente!)

D.ª Soc. Perdónenos usted.

D. Pat. ¡Arrodillarse, arrodillémonos!) (Se arrodillan todos.)

Petra
D. Pat.
D.ª Soc. } ¡Don Aniceto!

---

(1) Petra.—Frasquita.—Don Patricio.—Don Aniceto.—Doña Socorro.—Manuel.

D. An. (La verdad es que la carencia de dinero obliga á cometer muchas faltas.)

D.ª Soc.
D. Pat.
Fras. } ¡Don Aniceto!

D. An. Están ustedes perdonados.

D. Pat. ¡Oh! ¡Felicidad! (Se levantan todos menos Manuel.)

D.ª Soc. ¿Es de veras?

Man. ¿Y yo también, tío?

D. An. Sí, tú también; aunque no lo mereces. Hasta ahora te he protegido en todas tus necesidades; desde hoy (Sentido.) seguiré protegiéndote. Si no tú, mi pobre hermana, tu madre, desde el cielo me lo agradecerá seguramente.

Man. Y yo también, tío. (Se levanta.)

D. Pat. Y nosotros.

Frasq. ¡Y todos!

D.ª Soc. ¡Qué señor tan bueno!

D. Pat. ¡Y tan generoso!

Frasq. ¡Y tan simpático! Porque usted es muy simpático. (Mirándole con coquetería.)

D. An. Señora, déjeme usted, que pienso morirme soltero.

Frasq. (Pues, señor, en este pleito he perdido el recurso de casación.)

Gil (Entrando muy sofocado.) ¡Ay! Dispénsenme ustedes si me he retrasado. Buenas tardes, tío (1).

Todos ¡No! ¡Ya no!

D.ª Soc. Ya no hay tío.

Gil ¿No? ¡Vaya! Está de Dios que yo no me entere. (Vase al lado de Petra y habla con ella.—Frasquita, doña Socorro y Manuel forman grupo aparte) (2)

D. Pat. Don Aniceto, yo soy un hombre honrado que desea trabajar. Lléveme usted á Cuba, aunque sea en calidad de negro.

D. An. ¡Pero usted, qué es! A ver. (Leyendo en el pa-

---

(1) Petra.—Frasquita.—Don Patricio.—Gil —Don Aniceto.—Doña Socorro.—Manuel.

(2) Petra.—Gil.—Don Patricio.—Don Aniceto.—Frasquita.—Doña Socorro.—Manuel.

drón.) ¿Aspirante á empleado? Esta profesión debe producir muy poco.

D. PAT. Nada, absolutamente nada.

D. AN. Bueno, cuéntese usted empleado desde luego.

D. PAT. ¡Oh! ¡Gracias! (Besándole la mano.) A la Habana me voy... (Cantando.)

CAM. (Que aparece trayendo una sopera humeante.) Cuando ustedes gusten...

D. PAT. ¡Aquí está la comida! ¡A la mesa! ¡A la mesa!

Antes que baje el telón,
sólo un aplauso te pido;
y al llenar otro padrón
podré decir: *Profesión*:
Empleado... y aplaudido.

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

(EN COLABORACIÓN)

LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia en un acto y en verso.
PERIQUITO, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.
LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.
¡ADIOS, MADRID!, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.
DE TIROS LARGOS, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.
LA PRIMERA CURA, comedia en tres actos y en verso, original.
LA PRIMERA CURA, refundida en dos actos.
LA CALANDRIA, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí.
EL HIJO DE LA NIEVE, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.
ROBO EN DESPOBLADO, comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)
LA ALMONEDA DEL 3.°, comedia en dos actos y en prosa, original.
CORO DE SEÑORAS, pasillo cómico lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto.
LOS LOBOS MARINOS, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí.
EL PADRÓN MUNICIPAL, juguete cómico en dos actos y en prosa, original.
EL SEÑOR GOBERNADOR, comedia en dos actos y en prosa, original.

RERIA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
ICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
stados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)
POR
N JERÓNIMO BECKER

a, que acaba de ponerse á la venta, amplio y fiel extracto los principales xamina con imparcialidad la historia ñala sus defectos y expone con misu- lles lo referente á las relaciones exte- spaña, siendo, por tanto, de gran inte- nocer de un modo exacto el aspecto o de la cuestión cubana.
en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN
DE LAS
E LOS REINOS DE LAS INDIAS
mandadas imprimir y publicar
POR
IESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la lias del Tribunal Supremo de Justicia, obación de la Regencia provisional del

omos en folio, 50 pesetas.

IÓFILOS ESPAÑOLES

n completa de todos los tomos publi- esta sociedad, de que se hallan la ma- agotados.
licados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA
DEL REAL
MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO
DE
SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN
Tratado completo de Cocina
AL ALCANCE DE TODOS
Y
APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.